

El nuevo radicalismo en la transición de Brasil

Margaret E. Keck

EN 1985, DURANTE SU PRIMER ACTO OFICIAL como Ministro de Trabajo de la “nueva República” de Brasil, el abogado paulista Almir Pazzianotto declaró una amnistía para todos los sindicalistas removidos de sus puestos por los gobiernos anteriores. Después solicitó la derogación de la ley que institucionalizaba el trabajo en los establecimientos comerciales los domingos y días festivos y propuso que los trabajadores tuvieran el derecho de elaborar las normas que regulan las elecciones sindicales en escala local, federal y de la confederación. A la semana siguiente canceló la enmienda de 1978 al Código laboral, que declaraba ilegal el establecimiento de organizaciones laborales centrales. El ministro también anunció su intención de incrementar en más de 100% el salario mínimo antes del 1 de mayo.

Las iniciativas de Pazzianotto se proponían, en parte, demostrar la buena voluntad del nuevo gobierno, deseo de negociar un “pacto social” con los sindicatos, a fin de asegurar una luna de miel que permitiera abordar los urgentes problemas económicos del país, sobre todo la deuda externa. Sin embargo, no se llegó a negociar pacto alguno y Pazzianotto no logró producir un auténtico programa en favor de los trabajadores, a la vez que sostener su posición en un gobierno altamente conservador. Los logros positivos del primer año y medio de la nueva república frente a los trabajadores consistieron más bien en omisiones: disminuir la represión contra las huelgas, así como la negativa del ministro a intervenir en los sindicatos en huelga pese a la considerable presión para hacerlo.

Pazzianotto se dio a conocer como abogado del Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de São Bernardo y Diadema, durante las huelgas de fines de los años setenta; fue elegido para el cargo de Ministro del Trabajo merced a sus relaciones con todos los sectores del movimiento obrero y con los principales sectores de la iniciativa privada. Además de haber demostrado buena voluntad hacia el movimiento obrero, hay que destacar las observaciones iniciales de Pazzianotto referentes a una posible reformulación del sistema de relaciones laborales, que ha permanecido prácticamente intacto desde la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT) efectuadas durante el gobierno de Vargas en 1943.

La reformulación del código laboral ha sido tema de una prolongada discusión entre los dirigentes sindicales brasileños durante la última década, y desde 1970 el presidente Geisel estableció una comisión para estudiar el problema. El periodo de *apertura* efectivamente abrió cierto espacio a la actividad sindical, sobre todo en cuanto al incremento de la negociación directa entre sindicatos y patrones, así como una mayor tolerancia a la organización intersindical, ilegal bajo la CLT. En 1979 el gobierno publicó una propuesta de revisión del código laboral que incluía concesiones a la organización sindical interna y colectiva, a la política salarial y a la representación sindical.¹ Los sindicatos rechazaron la propuesta debido a la persistencia de restricciones al derecho de huelga, así como a otros controles gubernamentales sobre la autonomía sindical.

Los elementos del código laboral brasileño se formularon en los años treinta, durante la gestión de Vargas, y se incorporaron a la CLT en 1943. La legislación, piedra angular del modelo corporativista brasileño, permaneció prácticamente intacta hasta el fin del régimen militar. La CLT pretendía que los sindicatos fuesen órganos de colaboración con el gobierno para la promoción de la paz social. El código establecía el monopolio de la representación para los sindicatos reconocidos por el Estado en cada categoría ocupacional. Otorgaba al Ministerio del Trabajo amplios poderes sobre la elaboración de los estatutos internos, la

¹ Para la discusión sobre las relaciones entre los sindicatos y el Estado autoritario, y la creación de un espacio potencial de negociación, consúltese Amaury de Souza y Bolívar Lamounier, "Governo e Sindicatos no Brasil: A Perspectiva dos Anos 80", *Dados*, 24:2, 1981, pp. 139-160.

recepción y las finanzas sindicales, con el derecho de deponer a sus dirigentes, vetar planillas en las elecciones de los sindicatos e intervenir en éstos para sustituir los cuadros obreros por otros del gobierno. El financiamiento provenía de un impuesto (*contribuição sindical*) constituido por un día de salario al año, deducido del cheque de cada trabajador, estuviese afiliado o no al sindicato, y distribuido de acuerdo a criterios determinados por el gobierno, sobre todo para uso en programas de protección social. Los miembros de los sindicatos pagaban cuotas extras, además del impuesto. Un sistema de tribunales laborales supervisaba los contratos y daba arbitraje obligatorio en caso de pleito.

Las huelgas sólo eran legales en casos raros y podían ocurrir sólo tras un complejo procedimiento burocrático. Los contratos de trabajo eran principalmente de carácter individual entre el trabajador y el patrón; los contratos colectivos, si bien permitidos legalmente, eran escasos.² La legislación no estipulaba nada sobre la representación sindical en el centro de trabajo. Las federaciones y confederaciones estaban organizadas verticalmente por categoría ocupacional y los funcionarios surgían de las elecciones, donde cada sindicato tenía derecho a un voto, cualquiera que fuese su número de afiliados. Las organizaciones centrales fueron proscritas, como medida preventiva, en 1978.³

² La negociación colectiva estaba permitida por la CLT y tenía procedencia legal sobre la individual, donde existían contratos colectivos. Existen pruebas de que, por lo menos en São Paulo, la negociación en torno a las disputas de los contratos salariales se estaba dando con mayor frecuencia a principios de los años sesenta. En un estudio sobre 23 pleitos contractuales en São Paulo, entre enero y marzo de 1964, Mericle encontró que 47.8% se resolvieron con la negociación colectiva. Sin embargo, la ausencia de una cláusula sobre "obligación de negociar" en el código laboral significó que el único interés de los patrones para negociar era evitar el arbitraje obligatorio en los tribunales laborales, interés pocas veces operante. Consultar: Kenneth Scott Mericle, "Conflict Regulation in the Brazilian Industrial Relations System", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1974, pp. 200-207.

³ El texto completo y comentado del código laboral se puede consultar en Adriano Campanhole y Hilton Lobo Campanhole (eds.), *Consolidação das Leis do Trabalho e Legislação Complementar*, São Paulo, Editora Atlas, 62 ed., 1983. Una discusión detallada de la creación del Código Laboral de Brasil se encuentra en José Albertino Rodrigues, *Sindicato e Desenvolvimento no Brasil*, 2ª ed., São Paulo, Símbolo, 1979, y en Kenneth Paul Erickson, *The Brazilian Corporative State and Working Class Politics*, Berkeley, University of California Press, 1977. Una excelente síntesis sobre la estructura y funcionamiento del sistema se encuentra en Kenneth S. Mericle, "Corporatist Control of the Working Class: Authoritarian Brazil since 1964", en James M. Malloy (comp.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977.

A la vez que el Código del Trabajo confería al gobierno poderosos mecanismos de control sindical, también establecía, por lo menos en principio, algunos de los más avanzados programas de bienestar social de la época. Estas medidas sociales, junto con otros incentivos para que los dirigentes de los trabajadores actuaran dentro del sistema (como la perspectiva de movilidad social a través de la burocracia estatal, ya fuera en los institutos de bienestar social o al ser designados jueces en los tribunales laborales), constituyeron importantes elementos de cooptación en la legislación laboral.

Mantener el control social y económico sobre la clase trabajadora por medio del código laboral, formó parte de un modelo político cuyos valores subyacentes tuvieron mucha fuerza en Brasil. Wanderley Guilherme dos Santos definió la "ciudadanía normada" de la siguiente manera:

. . . se trata de un concepto de ciudadanía cuyas raíces no se encuentran en un código de valores políticos sino en un sistema de estratificación ocupacional, y además dicho sistema está definido por una norma legal. En otras palabras, todos los miembros de la comunidad situados en cualquiera de las ocupaciones reconocidas y definidas por la ley, son ciudadanos.⁴

Así queda descrito el papel, en esencia funcional, que los trabajadores deben desempeñar en el seno de la nación "orgánica". La política de conciliación en las élites ha tenido un éxito histórico para cooptar a los individuos y excluir a los trabajadores, en general, de la esfera pública. El código laboral regulaba las actividades de los trabajadores en la esfera privada.

A principios de los años ochenta las organizaciones patronales y las de los trabajadores comenzaron a cuestionar cada vez más dicho código laboral. Para aquéllas, sobre todo en los sectores industriales modernos, los elementos de "control" del código laboral no compensaban los obstáculos burocráticos presentes en las negociaciones; los procedimientos de negociación directa aportarían una forma mucho más ágil de resolver los problemas. Algunos empresarios llegaron incluso a proponer la revisión de la ley sobre las huelgas;⁵ sin embargo, pocos defendie-

⁴ Wanderley Guilherme dos Santos, *Cidadania e Justica*, Río de Janeiro, Editora Campus, 1979, p. 75.

⁵ "Lei de Greve deve ser revista", *Folha de São Paulo*, 1 de mayo de 1982, p.16. Contiene declaraciones de Roberto Dela Mana, director del Departamento de Coordinación del Trabajo de la Federación de Industriales de São Paulo (FIESFP).

en una organización sindical por completo autónoma del control estatal.

Para los trabajadores, la demanda de autonomía se convirtió en lema de una amplia movilización, con nuevos tipos de reivindicaciones y organización en los años setenta. Para muchos sindicatos participantes en la revitalización del movimiento obrero, la autonomía implicaba mucho más que la mera revisión de la legislación; significaba el derecho de los trabajadores a determinar por sí mismos las formas de organización y estrategias adecuadas para ellos. El asunto de los derechos laborales se desplazó así al campo de las relaciones políticas en el todo social. Cabe señalar, no obstante, que conforme se fue aproximando la conjuntura política propicia para la realización de reformas reales, la definición de la autonomía comenzó a variar de un sindicato a otro desde la que proponía sólo el fin del poder estatal de intervención en los asuntos de los sindicatos, hasta la plena independencia de éstos respecto del Estado, con una disminución gradual y programada del financiamiento oficial a través del impuesto sindical.⁶

Durante los años setenta, el surgimiento y politización de las nuevas fuerzas en el seno del movimiento obrero se dio en un reducido ámbito para su desempeño político en la toma de decisiones nacionales. En este estrecho marco, los propios sindicatos se convirtieron en un terreno políticamente disputado entre tendencias con opiniones diferentes respecto a la vía adecuada para el futuro del movimiento.

Al iniciarse un nuevo régimen en Brasil, se puede esperar una serie de transformaciones que afecten el ámbito político en que se organiza el movimiento obrero, así como en las reglas que rigen su organización. Una de las principales interrogantes pendientes atañe a la medida en que el propio movimiento obrero podrá tomar la iniciativa con relación a los cambios que afectarán su futuro, o si bien dicha iniciativa seguirá procediendo, como en el pasado, del Estado. El desenlace dependerá en gran medida de los acontecimientos de los últimos diez años de régimen militar. El presente trabajo se propone explorar los tipos de demandas y formas de organización surgidas durante los años fi-

⁶ Un buen análisis de estos temas se puede encontrar en un suplemento de la *Folha de São Paulo*, 2 de junio de 1985, pp. 35-37.

nales del gobierno militar, así como las estrategias de las diferentes tendencias en el seno del movimiento obrero, encaminadas al fortalecimiento de los sindicatos y al robustecimiento de la clase trabajadora.

El legado de Vargas

Antes de 1964, la aplicación de los elementos más restrictivos del código laboral variaban de acuerdo con la coyuntura política. Las diversas relaciones políticas entre los sindicatos y el Estado proporcionaban las posibilidades a aquéllos y sus dirigentes, de obtener beneficios, en ocasiones a pesar de y a veces precisamente merced a las estipulaciones del código.⁷ Con la segunda gestión de Vargas se inició el esquema denominado de sindicalismo populista, en el que el movimiento obrero intercambiaba el apoyo a las políticas gubernamentales —en particular a las de tipo económico nacionalista— por un relativo relajamiento de los controles más restrictivos sobre los sindicatos, de modo que éstos pudieron, por ejemplo, efectuar amplios movimientos de huelga en 1953 y 1957 en torno a demandas económicas. Esta clase de relación entre los trabajadores y el Estado alcanzó su punto más alto con Goulart; sin embargo, a principios de los años sesenta los ciclos de movilización y la falta de recursos por parte del gobierno condujeron a una radicalización creciente de ambos polos, sembrando el temor entre las clases medias y las comunidades empresariales, y coadyuvando a establecer el estado de ánimo propicio para el golpe militar de 1964. Además, durante la rápida polarización de ese periodo, la radicalización de los dirigentes sindicales en torno a los problemas de la política nacional fue rebasando cada vez más a las bases, motivo por el

⁷ Para un enfoque coyuntural sobre las relaciones entre obreros, Estado y otros actores políticos, particularmente en el periodo de 1945 a 1964, consultar Francisco Wefort, "Sindicato e Política", tesis de libre docencia, USP, 1971. Ver también Rodrigues, *Sindicato e desenvolvimento no Brasil*, Erickson, *The Brazilian Corporative State*, Aziz Simão, *Sindicato e Estado*, São Paulo, Dominus, 1966. Además de estas obras generales, también son útiles diversos estudios de caso para la comprensión de estas relaciones en el periodo anterior a 1964. Consultar Annez Andraus Troyano, *Estado e Sindicalismo*, São Paulo, Edições Símbolo, 1978, sobre los trabajadores de la industria química de São Paulo. Ver Maria Andréa Loyola, *Os Sindicatos e o PTB*, Petrópolis, Vozes/CEBRAP, 1980, sobre los sindicatos de Juiz de Fora, MG, y Lucília de Almeida Neves, *O CGT no Brasil 1961-1964*, Belo Horizonte, Editora Vega, 1981.

ual, pese a la apariencia de tanta fuerza, no hubo una respuesta obrera en gran escala tras el golpe militar.

Así pues, el sindicalismo del periodo anterior a 1964 se caracterizó por el trueque entre la dirección sindical y el Estado, de apoyo y movilización obrera por beneficios para los afiliados y a menudo para los propios dirigentes. La capacidad de éstos para negociar el apoyo político estuvo facilitada, en cierto grado, por la estructura obligatoria de los sindicatos; el impuesto sindical proporcionaba un amortiguador financiero para los dirigentes a pesar de que no hubiese una activa afiliación. Todo esfuerzo por organizar sindicatos fuera de la estructura oficial, además de ilegal, era probable que fracasara, como lo comprobó el Partido Comunista cuando quiso crear sindicatos paralelos en 1947-1951, ya que era imposible competir con los recursos financieros y sociales de las organizaciones obreras oficiales.

Sin embargo, el impuesto sindical y los demás beneficios no siempre bastaban para asegurar los puestos de los dirigentes. Los sindicatos debían mantener una presencia activa en las fábricas, sobre todo en periodos de considerable movilización por huelgas. No obstante, para los dirigentes más militantes, la organización de las bases fue siempre secundaria a la participación en los debates nacionales, a la vez que los burócratas obreros menos activos en lo político, tenían poco interés en organizarlas.

Desde mediados de los años cuarenta la actividad sindical estuvo vinculada estrechamente a la de los partidos de izquierda, en particular al Partido Comunista Brasileño (PCB), así como a sectores del Partido del Trabajo de Brasil (PTB). Organizaciones centrales paralelas, comenzando con el Movimiento para la Unificación de los Trabajadores (MUT) en los años cuarenta y terminando con el Comando General de Trabajadores (CGT) en los años sesenta, hicieron las veces de órganos coordinadores de los dirigentes sindicales militantes, rebasando la estructura de la confederación, en la que los sindicatos pequeños, a veces poco más que membretes, eran más numerosos que los de mayor afiliación, y tenían una cifra más elevada de votos que éstos.⁸

⁸ En Brasil la ley exige que en las federaciones y confederaciones cada sindicato tenga un solo voto, no obstante la densidad de su filiación. De esta manera, el voto del Sindicato de Obreros Metalúrgicos de São Paulo, tomemos por caso, con una base de cerca de 300 000 afiliados, tiene el mismo peso en la Federación de Obreros Metalúrgicos que el de algún sindicato menor del interior, con apenas 200 afiliados.

Así, a la vez que el Estado mantenía un importante control legal y estructural sobre los sindicatos, su necesidad de apoyo político del sector obrero requería cierto grado de flexibilidad en dicho control. Como señaló Timothy Harding:

Los trabajadores no apoyaron el populismo por ser conservadores o estar satisfechos con el *statu quo*, sino porque esperaban soluciones reales a sus apremiantes problemas. Cuando hubieron participado en movilizaciones a través de sus sindicatos, en campañas que habían sido iniciadas por el gobierno, cobraron cada vez mayor conciencia de sus propias necesidades y de su poder.⁹

El desmantelamiento del populismo: los trabajadores durante el régimen militar

El régimen militar acarrió un cambio profundo en la relación entre el movimiento obrero y el Estado. Resueltos a purgar toda influencia populista y de izquierda, tanto del Estado como de la sociedad, los militares actuaron para asegurar la desmovilización del movimiento obrero y excluirlo de la vida política. La legislación laboral vigente proporcionaba el instrumento para someter a los sindicatos a su estrecho control, y se aplicó con el máximo rigor. No obstante, el nuevo régimen fue más allá y legisló nuevos mecanismos que redujeron los espacios en que el movimiento obrero había podido ejercer cierto poder de negociación antes de 1964. La decisión de los militares de aplastar el poder político de los sindicatos revistió particular importancia si se considera que fue justamente el papel político del movimiento obrero el elemento crucial en la posición negociadora de éste en el terreno económico.

Se abolieron las organizaciones centrales como la CGT. De 1964 a 1970 el Ministerio de Trabajo llevó a cabo 536 intervenciones a organizaciones sindicales, destituyendo a los dirigentes elegidos y designando sustitutos.¹⁰ Tras haber purgado los sindicatos, el nuevo régimen les confirió una mayor responsabilidad sobre los programas sociales, obligando a los cuadros sindicales

⁹ Timothy Fox Harding, "The Political History of Organized Labor in Brazil", tesis doctoral, Stanford University, 1973, pp. 627-628.

¹⁰ Argelina Cheibub Figueiredo, "Intervenções Sindicais e o 'Novo Sindicalismo'", *Dados* 17, 1978, pp. 136-145.

dedicar más tiempo a tareas administrativas. Simultáneamente, una política de reducción salarial, sostenida a lo largo de la época del “milagro económico”,¹¹ así como el fin de los derechos de antigüedad y definitividad por medio de la institución del Fondo de Garantía de Tiempo de Servicio (FGTS),* causó grandes dificultades a los trabajadores. El FGTS facilitaba los despidos arbitrarios, lo cual produjo altas tasas de rotación de personal en algunos sectores, y simplificó el cese de activistas de los sindicatos.¹² La acción destinada a revitalizar los sindicatos en 1967-1968 (la *renovação sindical*) fue bruscamente interrumpida con la represión contra las huelgas de Contagem y Osasco en 1968.¹³ El advenimiento del Acta Institucional núm. 5 a fines del mismo año inició la etapa más represiva del régimen militar y eliminó la posibilidad de repetición de esta clase de acciones.

Al considerar que los incrementos salariales eran la causa primordial de la inflación, y al reconocer que las campañas de los sindicatos por obtenerlos constituían importantes periodos de movilización y politización, el régimen militar instituyó una nueva política destinada a someter al más estricto control ambos elementos.¹⁴ La determinación de los incrementos salariales

¹¹ Ver cuadro 2. La información sobre la compresión salarial se puede consultar en múltiples números del *Boletim do DIEESE*. Los datos que aparecen en el cuadro proceden del de septiembre de 1983. Consultar asimismo: Bolívar Lamounier y Amaury Souza, “Governo e Sindicatos no Brasil. . .”, en *op. cit.*, p. 144.

* Antes del establecimiento del FGTS, los trabajadores con una antigüedad de diez años en el empleo, obtenían su base en éste. El FGTS abolió dicha seguridad y tanto trabajadores como patronos tenían obligación de pagar contribuciones a un fondo destinado al pago de indemnizaciones por ceses injustificados. También se podía recurrir a ese fondo para otros propósitos, tales como la adquisición de vivienda o para gastos de matrimonio. Al abolirse las estipulaciones referentes a la antigüedad, se podía despedir a capricho a los activistas de los sindicatos, cuyos empleos antes fueran seguros.

¹² James M. Malloy, *The Politics of Social Security in Brazil*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1979, p. 126.

¹³ Para una discusión sobre la política de la “*renovação sindical*”, consultar María Helena Moreira Alves, *Estado e Oposição no Brasil (1964-1984)*, Petrópolis, Vozes, 1984, pp. 119-126. Sobre las huelgas de Osasco y Contagem, ver Francisco Weffort, “Participação e Conflicto Industrial: Contagem e Osasco, 1968”, *Estudos Cebrap*, cuaderno 5, São Paulo, CEBRAP, 1972. Un interesante artículo comparativo que considera las huelgas de Contagem y Osasco en relación con los levantamientos obreros de Argentina y México, se encuentra en Elizabeth Jelin, “Spontaneité et organisation dans le mouvement ouvrier: le cas de l’Argentine, du Brésil, et du Mexique”, *Sociologie du Travail*, abril-junio, 1976.

¹⁴ Una serie de leyes, iniciada con la núm. 4.725, del 13 de julio de 1965 y terminada con el Decreto núm. 15 del 1 de agosto de 1966, estableció la fórmula merced a la cual habían de calcularse los ajustes salariales anuales. El Decreto 15 eliminó las invo-

de acuerdo a una fórmula predeterminada con base en información proporcionada por el gobierno eliminó la función principal de los sindicatos, vale decir, la aptitud para conquistar auténticas mejoras económicas para sus afiliados. En mayo de 1964 una nueva legislación sobre el derecho de huelga (Ley 4330) fijó el proceso burocrático que se debía seguir a fin de declarar legal una huelga, proceso tan lento y complicado que volvía virtualmente imposibles los paros legales.¹⁵ Los salarios reales descendieron; los sindicatos quedaron muy debilitados al eliminarse el problema (los salarios) y el arma (la huelga) con que habían movilizadado a sus miembros y ejercido el poder de negociación.

El otro aspecto clave del esfuerzo del nuevo régimen para reducir el poder de los sindicatos fue la reforma de la seguridad social. Antes de 1964 los institutos de seguridad social se habían convertido en feudos de los dirigentes obreros del PTB, así como en elemento esencial para la base de su poder. Con la unificación administrativa de los institutos bajo el control del Instituto Nacional de Seguridad Social (*Instituto Nacional de Previdência Social*, INPS), el sector quedó decididamente en manos de los tecnócratas del Estado. Al mismo tiempo, el régimen se valió de la expansión de la protección social durante los años setenta a fin de acrecentar su legitimidad. En estos años se extendieron los servicios de INPS hacia sectores anteriormente no protegidos por éste —como los trabajadores agrícolas, empleadas domésticas y autoempleados— y se crearon otras formas rudimentarias de asistencia social. Se esperaba que los sindicatos coadministraran la política estatal, pero que no tuvieran voz en su formulación.¹⁶

luntarias consecuencias benéficas de los cálculos de los índices del costo de la vida para los trabajadores y estipuló que, por decreto presidencial, los índices de reajuste del salario real promedio por categoría durante los últimos 24 meses serían determinados mensualmente. Esta medida se conoció como la "política de compresión del salario". Para una detallada discusión de la política salarial, los proyectos presentados y los debates en el Congreso, consultar Heloisa Helena Teixeira de Souza Martins, *O Estado e a Burocratização do Sindicato no Brasil*, São Paulo, Ed. Hucitec, 1979, pp. 135-155.

¹⁵ Para una discusión detallada de la ley de huelga y su formulación, ver Martins, *O Estado e a Burocratização*. . . , *op. cit.*, pp. 117-120.

¹⁶ Para una discusión sobre las reformas a la seguridad social durante el régimen militar, ver James M. Malloy. "Politics, Fiscal Crisis and Social Security Reform in Brazil", ponencia presentada en la conferencia de la American Political Science Association, celebrada en septiembre de 1984 en Washington, D.C., así como el libro del mismo autor, *The Politics of Social Security in Brazil*.

Estos cambios significaron que las formas de movilización y organización sindical, antes útiles para los trabajadores, ya no se fundamentaban. No sólo se había purgado la dirección sindical sino que también se destruyeron sus objetivos principales. Al controlar el Estado los incrementos salariales, se despojó de sentido a la campaña salarial anual. Al abolirse los derechos de seguridad en el empleo, era factible despedir de inmediato a cualquier obrero activista. Y la tecnocratización de los institutos de seguridad social eliminó el área principal de penetración de los trabajadores en la burocracia estatal. Bajo el régimen militar las huelgas serían reprimidas, y el Estado autoritario no dependía, ni le interesaba siquiera, del apoyo de los trabajadores. Y éstos tampoco podían obtener beneficios si se vinculaban a los partidos políticos. El MDB, que de cualquier manera nunca hizo mucho caso de los obreros, había sido muy débil antes de 1974 para merecer atención alguna, y su esfera de actividad, el Congreso, había sido despojado de toda iniciativa.

Para los dirigentes que deseaban que los sindicatos fueran algo más que simples administradores de los programas de protección social, el giro lógico sería intentar obtener en algún momento concesiones directamente de los patrones. Sin embargo, este cambio de estrategia no comenzó a surgir sino hasta la segunda mitad de los años setenta, y aún entonces, los dirigentes obreros no lograron al principio obtener respuesta de los patrones.¹⁷ La negociación colectiva requiere que los trabajadores dispongan de armas de coerción con qué enfrentar a los patrones, específicamente el derecho de huelga. De modo que, hasta que este derecho no comenzó a ganarse *de facto* con las huelgas de 1978, la negociación colectiva se mencionó más de lo que se

¹⁷ El Sindicato de Obreros Metalúrgicos de São Bernardo y Diadema, realizó su principal esfuerzo de conquistar un contrato colectivo de negociación —rechazado por los patrones— en 1975. Esto siguió a un proceso gradual iniciado en 1970, durante el cual, al tratar de separar las demandas de los sindicatos locales de las de la federación, el sindicato intentaba abordar los problemas particulares presentes en la industria automovilística (en especial la enorme brecha entre los trabajadores con salarios más altos y más bajos de las empresas de automotores). A principios de 1973, durante la época de firma del contrato, se comenzaron a celebrar las asambleas, a fin de avanzar, además de las demandas encaminadas a elevar el ajuste del costo de la vida, una serie de reivindicaciones específicas de la industria automovilística. Ver Luis Flávio Rainho y Osvaldo Martines Barges, *As Lutas Operárias e Sindicais em São Bernardo 1977/1979*, São Bernardo do Campo, Associação Beneficente e Cultural dos Metalúrgicos de São Bernardo do Campo e Diadema, 1983, pp. 29-33.

ejerció. Las pocas conquistas de los sindicatos anteriores a 1978 se dieron mediante la acción de abogados en los tribunales laborales, lo cual significaba efectivamente la delegación del poder sindical, así como una falta total de participación de las bases.¹⁸

Obtener concesiones directamente de los patronos exigía, además del derecho de huelga, una relación muy diferente entre la dirección sindical y las bases, en la que éstas estuviesen organizadas para sostener una actividad local continua, en el centro de trabajo, en vez de sólo movilizarse ocasionalmente para la acción de masas, como en el periodo anterior a 1964. Esta posibilidad implicaba un profundo cambio de enfoque para el movimiento obrero brasileño que, por lo mismo, no surgió de golpe sino paulatinamente, con la combinación de diversos elementos que evolucionaron de manera simultánea.

Gran número de sindicatos señalaban la necesidad de una mayor organización local, pero discrepaban en torno a su sentido e instrumentación. Por ejemplo, el segundo Congreso Nacional de Dirigentes Sindicales, celebrado en 1967, convocó a la organización de comités locales; la mayor parte de los sindicatos presentes en el acto los concebían como organismos temporales con tareas específicas a su cargo, como recopilar firmas para formular una demanda. Para los sindicalistas más radicales, los grupos formados en las fábricas habían de constituir piedras angulares de un sindicalismo más auténtico y militante.¹⁹

Si bien la represión de las huelgas de Osasco y Contagem* en 1968 puso fin a esta clase de debate público entre los dirigentes sindicales, los trabajadores, en cambio, llevaron a cabo una serie de acciones en las fábricas a principios de los años setenta. En general no fueron los sindicatos los que las organizaron, pero fueron llamados para negociar acuerdos con los patronos. A fines de 1973 los obreros del sector automovilístico de la región ABC,** llevaron a cabo un movimiento de tortuguismo, cumpli-

¹⁸ Sobre el papel de los abogados y la acción en los tribunales laborales, consultar la ponencia de Almir Pazzianotto Pinto en la mesa redonda "Par onde vai o sindicalismo brasileiro?", *Escrita Ensato*, 2: 4, São Paulo, 1978, pp. 29-30. Los dirigentes sindicales participantes en esa mesa redonda discutieron la negociación colectiva y el derecho de huelga. Consultar particularmente la contribución de João José Albuquerque, secretario del Sindicato de Obreros Metalúrgicos de Santo André, p. 28.

¹⁹ Martins, *O Estado e a Burocratização*. . . , *op. cit.*, pp. 157-161.

* Contagem está en Minas Gerais, Osasco en São Paulo. (N. de la T.)

** Zona industrial periférica de São Paulo, compuesta por São André, São Bernardo y São Caetano. (N. de la T.)

niento mínimo y negativas simultáneas a trabajar tiempo extra, in que el sindicato fuera siquiera llamado a negociar.²⁰

La militancia dispersa de los trabajadores en las fábricas, así como el desacato a la orden de recurrir a la intervención estatal en las soluciones, pasaron virtualmente inadvertidas a principios de los años setenta. Con el cambio de coyuntura nacional iniciado en 1974 gracias a la *distenção* de Geisel, comenzó a aumentar el espacio político para la actividad sindical. Se relajaron algunos de los controles burocráticos sobre los sindicatos, por ejemplo, las auditorías ministeriales a los presupuestos de éstos. En 1976, un cambio legislativo permitió a los sindicatos utilizar hasta 20% de los fondos procedentes del impuesto sindical, para gastos administrativos no sujetos a autorización del Ministerio de Trabajo.²¹ El relajamiento de los controles estatales coincidió con el crecimiento palpable de la oposición política al régimen en escala nacional, expresado, por ejemplo, en la nueva fuerza electoral del MDB. Fuera del terreno electoral, la Barra de Abogados preparaba su campaña para volver a la legitimidad, y la prensa exploraba los límites de una disminución gradual de la censura previa. En este contexto, surgieron nuevos aliados para los dirigentes obreros, dispuestos a romper la parálisis relativa de fines de los años sesenta y principios de los setenta. Así, cuando el “nuevo sindicalismo” se convirtió en un fenómeno público, la inquietud obrera comenzó a transformarse en movimiento de masas, a fines de los años setenta, encabezada por los dirigentes sindicales elegidos en el seno de la estructura oficial, a la cual y a cuyas reglas estaban desafiando.

Los trabajadores del “milagro”

Al mismo tiempo en que un control más estricto de la política de salarios y de la actividad sindical limitaba el aumento de los beneficios materiales para los trabajadores, desde el periodo de la rápida expansión económica de fines de los años sesenta y principios de los setenta en Brasil, la clase obrera industrial sufría

²⁰ *Ibid.*, pp. 127-133.

²¹ La Ley núm. 6.386, del 9 de diciembre de 1976, reformuló los artículos 580 al 592 del Código Laboral, que abordan la aplicación del impuesto sindical. Ver Campanhole y Campanhole, *Consolidação dos Leis do Trabalho*. . . , *op. cit.*, p. 141.

transformaciones importantes. De 1960 a 1980, el número de personas empleadas en el sector secundario (incluyendo la manufactura, la construcción y “otras actividades industriales”) se incrementó de 2 940 242 a 10 674 977. En otras palabras, la cifra de obreros industriales creció 3.6 veces en sólo 20 años.²² Si se compara con la de 1950, la cifra casi se quintuplicó.²³ Durante el mismo periodo, la población urbana también creció a una tasa de cerca de 5.65% anual.²⁴ No obstante, en la década de los setenta, a diferencia de los periodos anteriores, el empleo urbano creció a una tasa mayor que la población urbana productiva en diez años y más; con más rapidez, de hecho, que la población urbana en general. El sector de los servicios también aumentó de manera considerable, en particular en los sectores de servicios estatal y social, más que en el sector más marginal de los servicios personales.²⁵

La industria siguió muy concentrada en el sureste del país, sobre todo en São Paulo, estado que por sí solo reunía 49% del empleo del sector secundario en 1970,²⁶ y alrededor del 47% en 1980.²⁷ Sin embargo, como se puede apreciar en el cuadro 1, de 1970 a 1980 hubo cierta diversificación regional de la industria.

Además, los trabajadores brasileños eran jóvenes. La información de 1976 muestra que cerca del 49% de los obreros de las industrias extractiva y manufacturera tenían entre 18 y 30 años de edad, y el 34%, entre 18 y 21 años.²⁸ Estas cifras indican que para un elevado porcentaje de la clase obrera brasileña, la época anterior a 1964 era, si acaso, un recuerdo de infancia. De esta manera, con excepción de áreas particulares con una tradición histórica muy vigorosa y memoria de organización obrera,²⁹ es-

²² Vilmar Faria, “Desenvolvimento, Urbanização e Mudanças na Estrutura de Emprego: A Experiência Brasileira dos Últimos Trinta Anos”, en Bernard Sorj y Maria Herminia Tavares de Almeida (eds.), *Sociedade e Política no Brasil pós-64*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1984, pp. 146-147.

²³ *Ibid.*, p. 155.

²⁴ *Ibid.*, p. 140.

²⁵ *Ibid.*, p. 152.

²⁶ Duarte Pereira, “Um perfil da classe operária”, *Movimento*, 24 de abril-4 de mayo de 1980, p. 13.

²⁷ IBGE, *Censo Industrial*, 1980, p. 4.

²⁸ *Relação Anual de Informações Sociais (RAIS)*, 1976, citado en Duarte Pereira, “Um perfil da classe operária”, p. 13.

²⁹ Un caso fascinante en que se mantuvo la tradición obrera es el de Niterói, RJ, donde los jóvenes activistas metalúrgicos de los años setenta y ochenta eran hijos de

Cuadro 1

**Distribución geográfica de los trabajadores:
industrias extractiva y manufacturera
(porcentajes)**

<i>Región</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>
Norte	1.43	2.50
Noreste	9.95	10.30
Sureste	70.58	65.62
Sur	16.92	19.64
Centro occidental	1.12	1.87

fuente: IBGE, *Censo Industrial, 1970*, citado en Duarte Pereira, "Um perfil da classe operária", *Movimento*, 28 de abril-4 de mayo de 1980, p. 13; IBGE, *Censo Industrial, 1980*. Cálculos obtenidos sobre la base de "pessoal ligado à produção" en las industrias extractiva y manufacturera.

Los jóvenes trabajadores estaban construyendo sus organizaciones sobre la base de la experiencia obtenida durante el régimen autoritario.

El surgimiento del nuevo sindicalismo

El "nuevo sindicalismo" de Brasil alude a algo más que a la ola de huelgas de fines de los años setenta. Incluye a diversos sectores del movimiento obrero, cuya organización fue heterogénea, y los sindicatos participantes no siempre compartieron las mismas metas. En sus etapas iniciales de 1977 a 1979, el "nuevo sindicalismo" fue más que nada expresión de una actitud combativa hacia la actividad sindical, a diferencia de las prácticas gremiales tradicionales de Brasil en diversos aspectos.

En primer lugar, los dirigentes del nuevo sindicalismo pusieron mayor énfasis en la organización de las bases y promovie-

los obreros portuarios y estibadores activos en los años sesenta. Consultar Abdias José dos Santos y Ercy Rocha Chaves, *Consciência Operária e Luta sindical: Metalúrgicos de Niterói no Movimento Sindical Brasileiro*, Petrópolis, Vozes, 1980, y José Sérgio Leite Lopes y Maria Rosilene Barbosa Alvim, "Metalúrgicos do Rio e Niterói: Ligações entre os conflitos de 1980 e as Lutas do Passado", *Aconteceu*, Rio de Janeiro, CEDI, Especial 7, junio de 1981, pp. 20-23.

ron el contacto entre la dirección sindical y éstas. En segundo, muchos exigían una revisión sustancial de la legislación laboral vigente, con el propósito de crear sindicatos autónomos del Estado. Esto implicaba el reconocimiento del derecho de huelga, así como el de negociar con los patrones sin interferencia del Estado. En tercero, por primera vez en un decenio estaban dispuestos a asumir los riesgos implícitos en la acción militante —estallar una huelga, por ejemplo— aun frente a la esperada represión del gobierno.

Es importante destacar que el “nuevo sindicalismo” no fue un fenómeno “paralelo” a la estructura sindical existente. Algunos dirigentes, como Lula en São Bernardo, a menudo se oponían a la creación de organizaciones obreras paralelas, fuera de los sindicatos, e insistían en cambio en la necesidad de utilizar los mecanismos democráticos disponibles —por ejemplo, la soberanía de la asamblea sindical— a fin de transformar la estructura del *Estado Novo* desde su interior:

Si existe un sindicato legalmente constituido para representar a los trabajadores, ¿qué se debe hacer? Debemos dar a los sindicatos lo mejor de las fábricas. . . puede haber tantos comités como grupos de trabajadores, pero tienen que trabajar dentro del sindicato, ya sea para deshacerse de la dirección sindical o para hacerla trabajar. Pero, insisto, dentro del sindicato, si lo que desean es transformar el sindicalismo. Porque en las asambleas, los afiliados son quienes toman las decisiones. Si existen mil trabajadores de diferentes grupos y deciden cambiar las reglas del juego, entonces pueden acudir y hacerlo. Lo que se necesita es crear las condiciones para que estas personas empiecen a participar.³⁰

Los sindicatos participantes en la revitalización del movimiento obrero cubrían un amplio espectro de categorías ocupacionales del sector moderno, así como importantes segmentos del movimiento de trabajadores rurales. La expansión de los modernos sectores industrial y de servicios durante el “milagro económico” propició el rápido crecimiento de estos sindicatos. También los sindicatos rurales experimentaron un excepcionalmente rápido crecimiento: de 625 en 1968 a 1 154 en 1972, 1 745 en 1976 y 2 144 en 1980 (de 2 930 692 afiliados en 1974, a 5 139 566 en 1979),³¹ que se incrementó al delegar el Estado la administración

³⁰ “São Bernardo. Uma Experiencia de Sindicalismo ‘Autentico’ ”, entrevista con Luís Inácio da Silva, *Cara a Cara* 1:2, julio-diciembre de 1978, p. 62.

³¹ *Anuário Estatístico do Brasil (1975-1980)*, citado en Alves, *Estado e Oposição no Brasil*. . . , *op. cit.*, p. 243.

e los programas de protección social en el campo a los sindicatos rurales.³² Al mismo tiempo, la concentración de la propiedad de la tierra, así como el crecimiento de la agricultura capitalista que privilegiaba los cultivos de exportación e industriales, en desmenore de los alimentos básicos en las zonas rurales, condujo a un aumento de la lucha por la tierra. La naturaleza radical de ésta y la participación agrarista de la Iglesia católica (*Comissão Pastoral da Terra*, CPT) fueron importantes en la promoción de una dirección combativa en los sindicatos rurales.³³ Las huelgas de los cortadores de caña de Pernambuco iniciadas en 1979 hicieron que la atención nacional se dirigiera hacia los trabajadores del campo. Los sindicatos agrícolas, y en particular el presidente de la CONTAG, José Francisco da Silva, comenzaron a tener una presencia más importante en la política laboral.

A fines de los años setenta, el "nuevo sindicalismo" produjo un discurso característico, con un conjunto de propósitos formulados en una serie de reuniones y conferencias oficiales y extraoficiales. En 1978, tomemos por caso, los sindicalistas combativos (conocidos como *autênticos*)* impusieron un debate durante el Quinto Congreso de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Industria, y presentaron una "declaración de Principios" firmada por los dirigentes de 37 sindicatos.³⁴ En el documento se exigía la democratización, una política de desarrollo económico con énfasis en la elevación del nivel de vida de la población, la autonomía sindical, el derecho de huelga, la negociación colectiva, el derecho a la representación sindical en la fábrica, así como la libertad para afiliarse a las organizaciones

³² Consultar Jorge Guimarães, "Trabalhador do Campo", *abcd Jornal*, diciembre de 1979, p. 16. Contiene sobre todo una entrevista con Vinicius Caldeira Brant.

³³ Shepard Forman señala que el radicalismo de las luchas agrarias de los campesinos confieren un ímpetu al movimiento en su conjunto; estas luchas de manera automática desafían al sistema como no lo hacen las demandas de los asalariados, supuestamente susceptibles de ser satisfechos por la acción legislativa. Consultar Shepard Forman, *The Brazilian Peasantry*, Nueva York, Columbia University Press, 1975, p. 190. Para el desarrollo de una posición combativa en el sindicalismo rural, ver CONTAG, "Anais do III Congresso de Trabalhadores Rurais", Brasilia, 1980, Leonilde Sêrvolo de Medeiros, "CONTAG: um balanço", *Reforma Agrária*, Boletim da Associação Brasileira de Reforma Agrária, Campinas, SP, 11:6, noviembre-diciembre de 1981, pp. 9-16.

* Este apelativo refleja la definición de dichos dirigentes respecto al ejercicio de un verdadero sindicalismo, en contraste con los *pelegos*, es decir, los dirigentes conservadores, considerados lacayos del gobierno militar.

³⁴ Consultar: Maria Herminia Tavares de Almeida, "Tendências Recentes da Negociação Coletiva no Brasil", *Dados*, 24:2, 1981, pp. 164-165, nota de pie núm. 5.

obreras internacionales.³⁵ En diversas ciudades y estados comenzaron a formarse las organizaciones horizontales de los sindicatos más combativos.³⁶

El papel de los obreros metalúrgicos

La Campaña de Recuperación del Salario, de 1977, así como la oleada sin precedentes de huelgas en 1978-1979, y en menor grado en 1980, definieron claramente a los trabajadores metalúrgicos, en particular a los de la franja ABC en São Paulo, como dirigentes de la nueva militancia obrera. En 1973 los metalúrgicos representaban el 32.79% de la fuerza de trabajo en el sureste del Brasil;³⁷ en 1980, el 34.1% de los trabajadores manufactureros correspondía a los metalúrgicos, proporción que aumentó a 43.6% en el estado de São Paulo.³⁸ Luís Inácio Lula da Silva, presidente del Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de São Bernardo y Diadema, adquirió una presencia importante en los medios de comunicación a partir de 1977; su carisma en la conducción de las gigantescas asambleas obreras durante las huelgas le confirió un aura casi mítica. Hasta fines de 1979, cuando se formó el Partido de los Trabajadores (PT) bajo su dirección, y pese a la oposición de los sectores más tradicionales del movimiento obrero, Lula fue reconocido virtualmente de manera universal como el más "auténtico" entre los nuevos dirigentes obreros de Brasil.

La Campaña de Recuperación del Salario surgió de un des-

³⁵ El texto de la "Declaración de Principios" está detalladamente sintetizado en Alves, *Estado e Oposição no Brasil*. . . , *op. cit.*, p. 247.

³⁶ El momento de aparición de estas organizaciones varió mucho: en Río Grande do Sul, por ejemplo, las discusiones intersectoriales entre sindicatos se iniciaron en 1975, con las "Semanas del Sindicalismo Independiente", una serie de seminarios sobre temas generales de la reforma sindical, y se estableció una intersindical desde 1977. Ver Abílio Afonso Baeta Neves, Enno Dagoberto Liedke Filho y Lorena Holzmann da Silva, "Río Grande do Sul: Organização, lutas e debates atuais no movimento sindical", en CEDEC, (ed.), *Sindicatos em uma Época de Crise*, Petrópolis, Vozes/CEDEC, 1984, pp. 74-88. En la mayor parte de los estados estas organizaciones no se fundaron sino hasta después de las huelgas de 1978.

³⁷ IBGE, *Pesquisa industrial*, 1973, citado en Duarte Pereira, "Um perfil da classe operária", p. 13.

³⁸ IBGE, *Censo industrial*, 1980, calculado a partir de las cifras presentadas en las pp. 8-19 usando la categoría "personal ligado a la producción" como base del número de obreros manufactureros.

brimiento realizado por el DIEESE, organismo independiente e investigación, sostenido y financiado por los sindicatos. Seataba de una discrepancia con el cálculo hecho por el gobierno sobre las cifras del costo de la vida para 1973. La información del DIEESE captó la atención de un grupo de economistas del Banco Mundial, que confirmaron las cifras del DIEESE en un informe secreto al gobierno brasileño. La *Folha de São Paulo* publicó el 31 de julio de 1977 una síntesis de dicho informe, y un mes más tarde la Fundación Getulio Vargas dio a conocer una 'revisión de su contabilidad' de 1973 donde la cifra referente a la inflación aumentaba del 15.5 al 20.5%.³⁹ Al enterarse de esto, el Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de São Bernardo solicitó al DIEESE un estudio para saber cuánto habían perdido sus afiliados por la manipulación de las cifras. El DIEESE respondió: 34.1 por ciento.

Con este resultado, los metalúrgicos de São Bernardo, junto con los de otros sindicatos de la región (São André, Mauá, Ribeirão Pires y Rio Grande da Serra) lanzaron una campaña para recuperar ese 34.1%. Si bien el gobierno se negó a considerar el asunto, y la corte laboral a convocar a la patronal para entablar la negociación, la Campaña de Recuperación del Salario fue de todas formas un importante paso adelante. Atrajo la atención nacional hacia el movimiento obrero, de la cual no había disfrutado desde la derrota de las huelgas en 1968, y convirtió a Lula en el portavoz de los problemas de los trabajadores. En 1977, Lula fue entrevistado por la televisión nacional y por las revistas más importantes, además de que apareció en la portada del semanario *Istoé*. En enero de 1978 el ministro de Justicia, Petronio Portela, le invitó a Brasilia a fin de discutir los problemas obreros como parte de una iniciativa encaminada a dar inicio al diálogo con la oposición.⁴⁰

La campaña sirvió, además, como mecanismo para que los obreros se dieran cuenta de que el sindicato era algo más que

³⁹ Para una narración de la Campaña de Recuperación del Salario, ver José Alvaro Moisés, "Problemas Atuais do Movimento Operário no Brasil", *Revista de Cultura Contemporânea*, 1:1, julio de 1978, p. 49, y Rainho and Bargas, *As Lutas Operárias e Sindicais dos Metalúrgicos em São Bernardo*, *op. cit.*, p. 39.

⁴⁰ Lula discutió su reunión con Portela en una entrevista aparecida en *Pasquim*, 24-31 de marzo de 1978, reproducida en Luís Inácio da Silva, *Lula: Entrevistas e Discursos*, São Bernardo do Campo, ABCD-Sociedade Cultural, 1980, pp. 31-32.

un dispensador de servicios sociales, y reunió bajo la demanda de la recuperación salarial una serie de luchas presentes en diferentes fábricas. Antes de la Campaña de Recuperación del Salario existía una tendencia a que las demandas sindicales se formularan en el plano jurídico, lo que exigía buenas relaciones con los abogados de los sindicatos más que la movilización y la organización de las bases.⁴¹ Como consecuencia de la campaña, que movilizó a decenas de miles de trabajadores en manifestaciones de apoyo a la demanda, los sindicatos llegaron a apreciar la importancia de la organización en la fábrica, y los obreros en sus centros de trabajo comenzaron a ver a los sindicatos como organismos de apoyo a sus demandas e instrumentos primordiales para dar a conocer sus reivindicaciones.⁴²

De esta forma, si bien el sindicato no instruyó a los obreros de Scania del turno de las 7:00 a fin de que realizaran un paro el 12 de mayo de 1978, se le llamó a negociar una hora después de iniciado éste. Pocos días después, los trabajadores de la Ford y de otras plantas automovilísticas de la región siguieron el ejemplo de Scania. Con las negociaciones por medio del sindicato se conquistó un aumento del 11%, casi el doble de lo que Scania había estado dispuesta a ofrecer inicialmente.⁴³ Fue un resultado impresionante para la primera huelga en Brasil después de diez años de dictadura.

Las huelgas de 1978 se extendieron desde los obreros metalúrgicos de São Bernardo hasta por lo menos otras 24 categorías profesionales y a más de medio millón de trabajadores, en seis estados y en el Distrito Federal. Al año siguiente estallaron huelgas en todo Brasil. Ese año se lanzaron a la huelga más de tres millones de trabajadores de alrededor de 113 categorías, algunos pertenecientes a sectores cuyos sindicatos tenían capacidad de dirigirlos pero no así en otros casos.⁴⁴ Lula, Olívio Dutra, de los

⁴¹ Rainho y Bargas pueden haber exagerado la falta de atención a la organización en el centro de trabajo, a fin de mostrar que ésta creció considerablemente tras la campaña. Humphrey hace énfasis en que el sindicato de São Bernardo tenía hasta 17 funcionarios en las fábricas en todo momento, con estabilidad en el empleo, y que en una de las fábricas por él estudiadas esto tuvo un importante efecto en la sindicalización de 1975 a 1978. Ver John Humphrey, *Capitalist Control and Workers' Struggle in the Brazilian Auto Industry*, Princeton, Princeton University Press, 1982, pp. 140-145.

⁴² Rainho y Bargas, *As Lutas Operárias e Sindicais*, op. cit., pp. 42-43.

⁴³ Oboré (ed.), "A Greve na Voz dos Trabalhadores da Scania a Itu", *História Imediata*, São Paulo, Alfa-Omega, 1979, pp. 8-10.

⁴⁴ La información sobre la cantidad de categorías en huelga y los participantes en

trabajadores bancarios de Rio Grande do Sul, y João Paulo Pires Vasconcelos, de los metalúrgicos de la MG de João Monleade, se convirtieron en una especie de equipo de asesores que en ocasiones ayudaba en las negociaciones entre los dirigentes sindicales y sus afiliados rebeldes. La naturaleza caótica de las huelgas de 1979 condujo a la psicóloga laboral Maria Herminia Tavares de Almeida a comentar que muchas de ellas más parecían inspiradas por la necesidad de dar testimonio de las aspiraciones de libertad, autonomía y derecho a la plena ciudadanía para los obreros, que por alguna demanda específica.⁴⁵ No cabe duda de que en 1979 el tema de la ciudadanía y la participación de los trabajadores ya no era una discusión abstracta entre intelectuales, sino que formaba parte de la agenda de discusión en torno a la democracia.

En 1979 los metalúrgicos de São Bernardo estaban mucho más preparados para la huelga que el año anterior, pero también lo estaban, por otra parte, los patronos. Las empresas más importantes del área pararon por completo. En el estado de São Bernardo se celebraron asambleas nutridísimas. Sin embargo, con la intervención del gobierno en la resistencia sindical y patronal, los trabajadores aceptaron reanudar las labores y dejar pasar 45 días para que se calmaran los ánimos. Durante este periodo, en tanto proseguían las negociaciones con los patronos y la tensión llegaba a su límite en São Bernardo, los trabajadores estaban listos para estallar la huelga en cualquier momento. Finalmente, tras ofrecer un aumento del 6%, la patronal se negó a dar un paso más. Era evidente que estaban listos para resistir una huelga por más tiempo que el sindicato. Sin fondo de resistencia, una huelga prolongada parecía, en efecto, imposible. Lula y los otros dirigentes del sindicato se vieron en la situación de tener que llevar a la asamblea de huelga una proposición que no apoyaban, pero con la convicción de que no podrían lograr nada más.

Lula ha declarado que esa asamblea ha sido el día más difícil de su vida. Se había celebrado un 1º de mayo en el estadio con 150 000 personas; la ciudad entera se había movilizado, y

éstas, procede de Alves, *Estado e Oposição no Brasil*. . . , *op. cit.*, pp. 251, 254, con los cálculos basados en una detallada investigación en diarios y documentos sindicales de la época.

⁴⁵ Maria Herminia Tavares de Almeida "Novo Sindicalismo e Política. Análise de uma Trajetória", 1983, mimeo., p. 12.

se encontraba lista para lanzarse una vez más a la huelga. La asamblea que aguardaba a Lula esperaba un acuerdo favorable o ser conducidos a la huelga. En vez de esto, tras un discurso en defensa del acuerdo dado a conocer por otro dirigente, Lula pidió y obtuvo un voto de confianza para la dirección sindical.

Los paros de 1979 abarcaron quince estados y se extendieron más allá de los obreros metalúrgicos para incluir a los empleados de servicios, obreros textiles, mineros, empleados bancarios, trabajadores de la construcción, maestros, cañeros y mucho más. Si bien la mayoría de las huelgas se centraba en las reivindicaciones salariales, algunas rebasaron estas demandas para poner en tela de juicio aspectos de la legislación laboral y exigir la representación sindical en las fábricas así como cláusulas sobre la estabilidad en el empleo. Los patrones en ningún caso hicieron concesiones sobre estos puntos. Por otra parte, la decisión gubernamental de modificar la ley salarial, para conceder dos aumentos al año, se puede considerar como una victoria del movimiento obrero en su conjunto.

El legado de las huelgas

Las huelgas de 1978 y 1979 contribuyeron a incrementar la conciencia de los trabajadores respecto de su importancia como actores políticos. Pero también se agudizó la conciencia de algunos dirigentes sindicales respecto a que con la sola acción industrial difícilmente se obtendría la satisfacción de sus demandas, dado que el Ministerio de Trabajo y el aparato represivo podrían intervenir en defensa de los patrones. Las huelgas de 1978 tomaron por sorpresa tanto a la iniciativa privada como al gobierno, pero ésta pasó pronto. Particularmente entre los trabajadores metalúrgicos,* cuyas acciones seguían en el corazón del resurgimiento del "nuevo movimiento sindicalista", se iniciaron las discusiones en torno a la idea de formar un partido propio.

El surgimiento obrero iniciado en 1978 cautivó la imaginación del país y contribuyó a dar una dimensión social al debate sobre la democracia, pues demostró que la oposición organizada al régimen militar desbordaba a las élites intelectuales y polí-

* Los trabajadores del sector automovilístico pertenecen al sindicato de metalúrgicos.

icas. Entre éstas existía un considerable desacuerdo en cuanto a las implicaciones políticas de la nueva actividad laboral. ¿Los trabajadores metalúrgicos constituían la dirección de un movimiento que beneficiaría a la clase obrera en su conjunto, o bien, por el contrario, eran simplemente una aristocracia obrera cuya posición privilegiada en la industria moderna significaba que su militancia probablemente llegara a profundizar la brecha interna a la clase trabajadora? Lejos de ser una discusión meramente académica, los criterios divergentes en torno al desarrollo del movimiento obrero reflejaban y contribuían al debate sobre la transición brasileña, sobre la posibilidad, y en qué medida, de un cambio social fundamental y los tipos de instituciones que mejor coadyuvarían a allanar el camino del movimiento hacia la democracia.

Los trabajadores de la industria automovilística, cuyas acciones detonaron la oleada de huelgas de 1978 y 1979, se sitúan en el centro de la clase obrera de Brasil. En relación con la mayoría de la fuerza de trabajo (en la que el 36.4% gana un salario mínimo o menos, y el 60.8% cuando mucho, dos),⁴⁶ aquéllos constituyen un sector relativamente mejor pagado.⁴⁷ Otros trabajadores los consideraban una élite en los sesenta pues fueron los primeros en tener acceso a los bienes de consumo durable, como televisores, refrigeradores y en ciertos casos incluso automóviles.⁴⁸ Si bien esos lujos del consumo de hecho se limitaban a una pequeña minoría de los metalúrgicos más calificados, repre-

⁴⁶ *Anuário Estatístico do Brasil*, 1983, p. 153.

⁴⁷ En tanto que un obrero metalúrgico calificado de una planta automovilística podía ganar hasta ocho o nueve veces el salario mínimo, la mayoría se situaba entre tres y seis veces el mínimo. Así, tomemos por caso, en la Toyota de São Bernardo en marzo de 1985 el 27% de la fuerza de trabajo ganaba menos de cuatro salarios mínimos; 75% ganaba menos de seis salarios mínimos, y sólo 18% (incluyendo a los capataces) ganaban más de siete salarios mínimos. Dado que la mayor parte de los análisis estadísticos no separan a los empleados semiadministrativos de los obreros, resulta difícil obtener un cálculo exacto. En marzo de 1985 el salario por hora de un obrero siderúrgico capacitado en la Toyota era de entre 5 647 y 8 148 cruzeiros por hora, o sea alrededor de 1 a 1.65 dólares. Otras empresas automovilísticas pagaban mejores salarios; en la parte más alta del tabulador, tomemos por caso en la Mercedes Benz, un trabajador en el mismo puesto ganaba entre 8 905 y 13 700 cruzeiros por hora. Información tomada de un informe del SubSecao do DIEESE-Metalúrgicos, São Bernardo do Campo e Diadema, "Toyota do Brasil-SA", julio de 1985.

⁴⁸ La descripción que hace Lula de su ilusión de llegar a ser un obrero de la industria automovilística, ilustra este punto. Ver Mário Morel, *Lula o Metalúrgico: Anatomia de uma Liderança*, Rio de Janeiro, Editora Nova Fronteira, 1981, p. 33.

sentaban una aspiración que, en particular durante el “milagro económico”, tuvo un vigoroso impacto sobre otros trabajadores. No obstante, en el seno de las propias plantas automovilísticas la situación no era ideal. En un estudio de las condiciones y la organización en la fábrica, realizado a principios de los años setenta, John Humphrey encontró un extendido descontento entre los obreros no sólo por los salarios, sino sobre todo por las condiciones de trabajo. Así, el privilegio relativo de que disfrutaban los obreros automovilísticos en relación con el resto de los trabajadores, contrastaba agudamente con la propia apreciación de aquéllos sobre sus problemas.⁴⁹ Había un alto grado de rotación de personal, táctica patronal para evitar el pago de salarios más elevados a los trabajadores con mayor antigüedad, lo que contribuía a la inseguridad generalizada en el empleo.⁵⁰

El estudio de Humphrey y sus conclusiones formaron parte de una importante discusión en Brasil en torno al sentido del “nuevo sindicalismo” para el futuro de las relaciones laborales del país. La discusión se centraba en dos problemas interrelacionados: si las demandas del movimiento obrero del sector moderno, producto de importantes cambios en la tecnología y estructura del trabajo, reflejaban las necesidades del movimiento obrero en general, y si el “nuevo sindicalismo” ampliaba la separación entre los sectores tradicional y moderno de la clase trabajadora, o representaba la dirección potencial para una nueva unidad de clase.

Maria Herminia Tavares de Almeida sostuvo que el desarrollo del sector moderno y los cambios tecnológicos en los procesos de trabajo conducían a la segmentación de la clase obrera entre trabajadores y sindicatos de los sectores tradicionales de la economía y los del sector moderno. Las nuevas demandas con acento en la negociación colectiva y la representación local, así como la búsqueda de cambios radicales en la legislación laboral, surgieron de estos nuevos sectores, donde los trabajadores obtenían sueldos más elevados, disfrutaban de mejores condiciones de trabajo y de un nivel más elevado de movilidad que en la industria tradicional. La demanda de negociación colectiva directa, por ejemplo, tenía sentido en el sector moderno, donde los trabaja-

⁴⁹ Humphrey, *Capitalist Control and Workers' Struggle*, *op. cit.*, pp. 55-105.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 87-100.

ores tienen mayor movilidad por estar concentrados en unas pocas fábricas grandes, y los patrones suelen ser más flexibles. Además, la frecuente demanda de que los incrementos salariales reflejaran los aumentos de la productividad de la empresa, creaba una distinción todavía mayor entre ambos sectores.

La segmentación de la clase obrera, sostenía Tavares de Almeida, dificultaba el proceso de generación de demandas y alternativas de clase al sistema vigente. La mayor capacidad de los sindicatos del sector moderno para negociar y su énfasis en demandas específicas de este sector, conducía a una actitud apolítica en la que la acción industrial, más que la organización política de clase, se consideraba el mecanismo central del cambio. El resultado era que —según la autora— la iniciativa respecto al sistema como un todo permanecía en manos del Estado, y mientras era posible esperar algunos cambios en la legislación laboral para conseguir mayor flexibilidad, la estructura corporativa básica probablemente persistiría. Los sindicatos habían mostrado su capacidad de pasar por alto las reglas existentes, pero no de crear e imponer otras nuevas.⁵¹

Con la información recopilada para su estudio, Humphrey discutió los supuestos subyacentes que atribuyó a Almeida, es decir, el grado significativamente más elevado de oportunidad y satisfacción en el empleo en el caso de los trabajadores del sector moderno. Por el contrario, afirma, las tasas más altas de rotación de personal y las políticas salariales restrictivas impedían y aislaban a los trabajadores del sector automovilístico del resto de la clase obrera. Las mejoras salariales y las condiciones laborales conquistadas por el sector moderno se convertirían en ejemplo para los trabajadores del sector tradicional, más que en medio de separación permanente. La atención a la organización local constituía un desafío muy distinto al de la política sindical populista anterior a 1964, para el control estatal de las relaciones laborales; sin embargo, la posibilidad de resolver los conflictos en este nivel no se limitaba al sector moderno. Por último, el

⁵¹ Maria Herminia Tavares de Almeida, "O Sindicato no Brasil: Novos Problemas: Velhas Estruturas", *Debate e Crítica*, 6, julio de 1975, pp. 49-74. Consultar asimismo sus artículos "Tendências Recientes da Negociação Coletiva no Brasil", *Dados*, 24:2, 1981, pp. 161-190, y "O Sindicalismo Brasileiro entre a Conservação e a Mudança", en Bernardo Sorj y Maria Herminia Tavares de Almeida (eds.), *Sociedade e Política no Brasil pós-1964*, Rio de Janeiro, Brasiliense, 1983.

desarrollo de una organización horizontal intersindical expresaba el deseo de solidaridad y apoyo entre los sindicatos.⁵²

Así, para Humphrey el tipo de acciones y demandas de los trabajadores metalúrgicos no revelaba una actitud apolítica. Más bien “la ubicación del sistema en un contexto político dado explicaba la naturaleza de la oposición expresada por los trabajadores automotrices y, en particular, daba cuenta de su contenido político”.⁵³ Considerar a la tecnología como determinante del proceso de trabajo, según Humphrey, convertía en abstracción la lucha de los obreros en las fábricas:

Si, por otra parte, se considera a la tecnología como materialización de las relaciones sociales y como operante dentro de sistemas socialmente determinados de comunicación y control, entonces el proceso de trabajo en la fábrica se convierte en un indicador mucho más importante de las relaciones sociales en general. . . el estudio de la clase obrera no se puede abstraer de la historia, la acumulación de capital y la lucha de clases.⁵⁴

Los puntos de discusión entre Humphrey y Tavares de Almeida comenzaron a aclararse en los años ochenta. Por motivos que se habrán de abordar en las siguientes secciones de este trabajo, la argumentación de Humphrey parece más enriquecedora para la comprensión de los cambios en las prácticas obreras, que en los años ochenta comenzaron a extenderse en la clase trabajadora de Brasil. No obstante, es necesario tener cuidado de que la caracterización de este debate no sea tan estrecha (como si se tratara de definir si los obreros metalúrgicos constituían una aristocracia o una vanguardia) que oscurezca el papel crucial de la coyuntura política en cuyo seno ocurrieron estos cambios en la acción obrera.

Las tendencias que empezaron a desarrollarse en los años setenta surgieron en un medio político en el cual el Estado estaba dispuesto a permitir un crecimiento *de facto* de la actividad sin-

⁵² Humphrey, *Capitalist Control and Workers' Struggle*, capítulo 9.

⁵³ *Ibid.*, p. 242. Hay que señalar que en su obra más reciente, Maria Herminia Tavares de Almeida matiza mejor su visión del papel político del nuevo sindicalismo y del Partido de los Trabajadores, los cuales asumen posiciones antiestatalistas y destacan la organización de clase. La autora reconoce la importancia de esto como aporte a la democratización de las relaciones sociales, pero niega su capacidad de formular efectivamente el interrogante en torno a la democratización del Estado. Ver Maria Herminia Tavares de Almeida, “Novo Sindicalismo e Política”, São Paulo, 1982, mimeo.

⁵⁴ Humphrey, *Capitalist Control and Workers' Struggle*, *op. cit.*, p. 243.

ical. Las huelgas fueron de importancia fundamental, tanto para refundir una nueva y extraordinaria energía al movimiento obrero como para hacer patente una enorme inquietud en el seno de la sociedad civil brasileña. Entre las bases, fueron foco de una fluencia de apoyo de las masas de otros movimientos sociales. Los políticos progresistas y la prensa consideraron los acontecimientos de São Bernardo como un cambio cualitativo en la práctica democrática entre las bases, al tomar en cuenta la participación masiva de los trabajadores en las asambleas de huelga, la responsabilidad de los dirigentes ante dichas asambleas, así como a proliferación de iniciativas en las fábricas. Sin embargo, y pese al elevado nivel de movilización alcanzado, seguían en embrión los cambios en las formas de organización y en las prácticas obreras.

Con la fundación de nuevos partidos políticos en 1979 y el surgimiento de organizaciones intersindicales, la renovación obrera se convirtió en algo más que otra manifestación de oposición al régimen autoritario desde el seno de la sociedad civil. El Partido de los Trabajadores, creado en octubre de 1979, insistió tanto en la *especificidad* de las demandas obreras en la lucha democrática, como en la necesidad de que los trabajadores tuviesen una organización política independiente. Muchos dirigentes de la oposición de la élite (así como muchos líderes sindicales) juzgaron que esta actitud era, en el mejor de los casos, una visión ingenuamente utópica de las posibilidades reales, y en el peor, una división destructiva en un momento en que la unidad de la oposición era fundamental. Las diferencias en torno a la estrategia de la oposición en la esfera política tenían sus equivalentes en las diferencias entre los dirigentes sindicales respecto a cuál era la mejor forma de proceder, hasta dónde presionar y en qué medida los trabajadores y los sindicatos podían esperar obtener las mayores conquistas *por sí mismos*.

La acción obrera en los años ochenta

Las huelgas de 1980 se toparon con una respuesta más decidida del gobierno que en los dos años anteriores. Durante la huelga de metalúrgicos en ese año, São Bernardo fue ocupada militarmente y el sindicato intervenido. Los dirigentes fueron encarce-

lados, purgados de sus puestos sindicales y acusados de violar la Ley de Seguridad Nacional. Esta posición dura del gobierno, además de la recesión económica de principios de los ochenta, obligó al movimiento obrero a abandonar temporalmente las huelgas masivas como forma principal de acción. Sin embargo, las principales tendencias de principios de los ochenta, pese al menor número de huelgas, constituyeron una continuación de los acontecimientos de la década anterior, y determinaron el contexto del papel de la acción obrera en el regreso del gobierno civil en 1985. Un nuevo elemento de importancia fue la cada vez mayor prominencia de los partidos políticos, tanto en el plano de las elecciones sindicales como en el de las organizaciones sindicales.

La actividad obrera de principios de los años ochenta se dio en dos niveles. Primero, el aumento de la organización local nutrió la tendencia creciente hacia la negociación colectiva, tanto en la fábrica como en el sector, y alejó de los tribunales laborales la solución de las disputas. En segundo lugar, si bien de 1980 a 1984 disminuyó el número de huelgas sectoriales de larga duración, el fortalecimiento de los vínculos entre la dirección y las bases se reflejó en 1984 en un considerable aumento de paros en las fábricas (de un total de 626 huelgas, 500 fueron locales).⁵⁵ Las huelgas de larga duración volvieron al primer plano en 1985, con el inicio del nuevo gobierno civil. Por último, en la esfera de la dirección sindical se dio cada vez mayor atención a la creación de organizaciones nacionales intersindicales.

La organización y las demandas sindicales

Dada la dificultad para conquistar mejoras salariales significativas, merced a la legislación al respecto y a la coyuntura económica menos favorable, las demandas del periodo 1980-1984 se centraron en: *a)* la seguridad en el empleo; *b)* la frecuencia en los ajustes salariales (debido al enorme incremento de la inflación), y *c)* el reconocimiento de la representación sindical local. Estos tres puntos estuvieron presentes en las demandas de las huelgas de fines de los años setenta, pero, con el cambio de coyuntura, adquirieron mayor importancia. En los ochenta se

⁵⁵ *Brazil Labour Report*, octubre-diciembre de 1984, p. 3.

onvirtieron cada vez más en parte del proceso de negociación directa, así como la atención creciente conferida a los asuntos locales durante esos años preparó una mayor capacidad de organización para el inicio, en 1985, del nuevo gobierno civil.

La seguridad en el empleo, tomemos por caso, siempre fue una reivindicación de los metalúrgicos, ya que los patrones utilizaban una elevada tasa de rotación de personal para mantener bajos los salarios. Según cifras del IBGE, a mediados de 1981 más de 900 000 personas fueron despedidas en las seis más importantes áreas metropolitanas de Brasil, y en agosto el desempleo en esas ciudades se calculaba en dos millones de individuos.⁵⁶ Una investigación del DIEESE, terminada en 1981, mostró una tasa de desempleo del 12.8% solamente en el área metropolitana de São Paulo y, peor todavía, del 18.4% entre la población anteriormente empleada.⁵⁷ El FGTS dio poca protección en una situación de gran y creciente desempleo.

La demanda de ajustes salariales más frecuentes surgió de la extrema penuria que significó para los trabajadores el acusado incremento de la inflación. La decisión del gobierno de Figueiredo en 1979, de realizar dos ajustes salariales al año fue un intento de restar fuerza al impulso motor de las huelgas de 1978-1979, y dicha medida, en efecto, redujo considerablemente la cantidad de huelgas en 1980. No obstante, en los años siguientes la tasa de inflación aumentó del 110.2 al 211% en 1984,⁵⁸ y el precio de los productos básicos, principalmente alimentos, se incrementó con mayor velocidad aún. De acuerdo con las cifras del DIEESE, la cantidad de tiempo de trabajo necesario para adquirir una canasta de productos básicos con el salario mínimo, aumentó de 138 horas con tres minutos en 1978, a 163 horas con 44 minutos en 1981. En 1983, por primera vez desde el inicio de la investigación, el precio de la canasta de bienes básicos era mayor que el salario mínimo mensual (ver cuadro 2). Esta situación se

⁵⁶ Citado en Luis Roberto Serrano, "Em busca de definições", *Istoé*, 26 de agosto de 1981. El IBGE calcula que el total de la población económicamente activa en 1980 era de 43 235 712 personas. Para una perspectiva de un economista sobre el desempleo, ver Roberto Macedo, "A Dimensão Social de Crise", en Adroaldo Mouro da Silva *et alia*, *FMI X Brasil: a armadilha da recessao*, São Paulo, Forum Gazeta Mercantil, 1983, pp. 217-249.

⁵⁷ *Boletim do DIEESE*, 1:1, 1982, p. 13.

⁵⁸ Cifras de la inflación obtenidas de *Almanaque Abril*, São Paulo, Editora Abril, 1983, 1985.

Cuadro 2

Salario mínimo y ración mínima esencial

<i>Año</i>	<i>Salario mínimo (cruceiros)</i>	<i>Valor de la ración</i>	<i>Horas trabajo/ ración</i>
1959	5.90	1.65	67.07
1960	9.44	2.36	96.00
1961	13.22	3.21	82.07
1962	13.22	5.77	104.45
1963	21.00	9.26	105.50
1964	42.00	---	---
1965	66.00	24.35	88.33
1966	84.00	37.93	104.22
1967	105.00	44.27	101.11
1968	129.60	53.52	99.07
1969	156.00	72.67	111.48
1970	187.20	84.13	107.52
1971	225.60	101.18	107.38
1972	268.80	133.99	119.38
1973	312.00	216.90	166.51
1974	376.80	252.60	160.54
1975	532.80	348.10	156.48
1976	768.00	494.29	154.28
1977	1 106.40	582.56	126.22
1978	1 560.00	897.33	138.03
1979	2 268.00	1 586.17	167.51
1980	4 149.60	3 004.63	173.47
1981	8 464.80	5 774.83	163.44
1982	16 608.00	10 205.96	147.29
1983	34 776.00	35 349.85	243.58
1984	97 176.00	92 468.23	228.22
1985	333 120.00	281 575.00	202.52

Fuente: *Boletim do DIEESE*, año II, septiembre de 1983, p. 6; año III, septiembre de 1984, p. 45, y año IV, octubre de 1985, pp. 69-71. La información se refiere al precio de la ración mínima en la ciudad de São Paulo, en el mes de septiembre.

exacerbó al retirar el gobierno los subsidios a los productos básicos y aprobar una ley salarial más restrictiva en 1983. De esta manera, en 1984 una reivindicación central de la negociación sindical era que los ajustes salariales se llevaran a cabo trimestralmente, en vez de cada dos meses, o bien un anticipo de varios meses al ajuste semestral. Muchos sindicatos, incluyendo al más

ande del país, el de Trabajadores Metalúrgicos de São Paulo, graron conquistar ajustes más frecuentes por medio de la negociación directa con los patrones.

La demanda de representación local revistió diversas formas se caracterizó particularmente por la tendencia sindical posteriormente identificada con el Partido de los Trabajadores y con la Central Única de los Trabajadores (CUT). En algunos casos la representación local tomó la forma de comités elegidos en los entornos de trabajo y orgánicamente asociados al sindicato. En 1981 se logró por primera vez un acuerdo de este tipo con la Ford, posteriormente con varias otras empresas automovilísticas importantes. En 1982 se comenzaron a establecer comités locales también en otras compañías medianas.⁵⁹ Otras varias empresas establecieron círculos de control de calidad de acuerdo al modelo japonés, en un intento por detener el impulso que tomaba el fortalecimiento de la organización local vinculada al sindicato. Las empresas argumentaron también que la existencia de las *Comissões Internas de Prevenção de Acidentes* (Comités Internos para la Prevención de Accidentes, CIPA) en las fábricas favorecería la organización obrera local; varios sindicatos respondieron exigiendo que las elecciones para las CIPA se tomaran en serio y se anunciaran con antelación.⁶⁰ En otros casos, la demanda de representación sindical local exigía el derecho de tener un delegado en la planta, o a veces simplemente que los dirigentes del sindicato pudiesen visitarla sin ser acompañados por funcionarios de la misma. En varios casos las empresas comenzaron a reconocer en la práctica la representación sindical local, pese a que esto pocas veces quedaba estipulado en el contrato.

Otras conquistas fueron las reuniones mensuales con la empresa, a fin de discutir los problemas de los obreros, el derecho del sindicato a verificar las medidas de seguridad laboral adoptadas así como el derecho a colocar en la fábrica un tablero de avisos del sindicato.⁶¹ Las ventajas del reconocimiento legal es-

⁵⁹ *Boletim do DIEESE*, diciembre de 1982, pp. 14-16.

⁶⁰ La CLT estipula la creación de las CIPA, compuestas por representantes de patrones y empleados, pero a menos que se anuncien las elecciones, los trabajadores no tienen forma de participar efectivamente.

⁶¹ Para un estudio detallado de la formulación de demandas por parte de los diferentes sindicatos metalúrgicos en 1981 y 1982, ver Marcia de Paula Leite, "Revindicações Sociais dos Metalúrgicos", *Cadernos Cedec*, 3, 1984. Los derechos de representación ganados en las negociaciones de los contratos se enlistan mensualmente en el *Boletim*

tribaban en la garantía del trabajo para los representantes locales, dado que la CLT no estipulaba la representación local. Las amplias prerrogativas de las empresas para despedir a discreción a los obreros, permitían una gran cantidad de arbitrariedades en la aceptación o rechazo de acuerdos *de facto*.

Si bien sería una exageración sostener que las tendencias arriba citadas demuestran que la organización de las bases se hubiera hecho efectiva en todo Brasil, el aumento de la acción local sí indicó que los sindicatos dieron mayor importancia a los problemas locales así como al fortalecimiento de los contactos entre la dirección sindical y el nivel intermedio de cuadros en las fábricas, capaces de movilizar a las bases locales. La negociación colectiva, sobre todo en la esfera local, presupone un conocimiento íntimo de las condiciones particulares, que requiere una intensificación de dichos contactos.

Además, las demandas basadas en problemas locales a menudo plantearon una exigencia de cambio en las relaciones sociales en el centro de trabajo, de forma mucho más directa que los tipos más generales de problemas por sector. Las negociaciones de las huelgas locales de 1984 a menudo incluyeron reivindicaciones relacionadas con las condiciones de trabajo, insuficiencia de las instalaciones, descansos para tomar café o el almuerzo, medidas de seguridad e higiene, así como otros problemas con repercusión en las relaciones de trabajo en la planta. En las huelgas de los sectores no industriales, por ejemplo las muy numerosas de los conductores y cobradores de autobuses en 1984, la demanda más común fue poner fin a la práctica de descontar del salario las pérdidas por asaltos y reparaciones debidas al desgaste y daños de las unidades. Esta clase de demanda tuvo importantes repercusiones como desafío a las relaciones sociales de dominación en la situación laboral.

Al terminar el régimen militar muchos trabajadores creyeron tener la oportunidad de mejorar su situación individual, y los sindicatos aprovecharon el riesgo menor de represión para reanudar las huelgas en gran escala. Cientos de las huelgas estalladas en 1985, además de los puntos referentes a salarios y pro-

do DIEESE. La información sobre el reconocimiento no oficial de los intendentes de las fábricas fue reunida por el Centro de Recursos e Información Laboral de Brasil en 1982 y 1983.

lemas locales, formaron por primera vez parte de una campaña coordinada por la reducción de la semana laboral de 48 a 40 horas. Aunque pocos sindicatos consiguieron esa meta, muchos obtuvieron reducciones parciales (de una a tres horas semanales) por medio de la negociación colectiva. Acaso la huelga más espectacular del año fue la de los trabajadores bancarios, la primera de la historia de Brasil. Cerca de 700 000 empleados de los bancos de todo el país pararon durante tres días a principios de septiembre, tras haber efectuado una campaña educativa nacional de preparación gracias a la cual se logró que en vez de un rechazo popular a esta acción —típico en los paros de los empleados de los sectores de servicios—, ésta recibiera un amplio apoyo.

El cambio de gobierno tuvo gran importancia en el ánimo de la militancia obrera en 1985. Se redujo significativamente la posibilidad de represión contra las huelgas; el ministro del Trabajo, Pazzianotto, desempeñó un papel activo en la mediación de las huelgas, pero rechazó la presión de otros miembros del gobierno para recurrir a la represión o intervenir los sindicatos. Sin embargo, al mismo tiempo, los ministros conservadores en los puestos económicos clave ofrecieron pocas perspectivas de mejoría en la situación de los obreros. De hecho, convocaron a una mayor austeridad. Abundaron las proposiciones de realizar un “pacto social”, pero éstas parecieron a los sindicatos poco más que otro intento de hacer a los trabajadores soportar el peso de los sacrificios de la economía en su conjunto.

El acercamiento a la negociación colectiva en torno a los asuntos locales y salariales también puso gran énfasis en el trabajo del cuadro técnico, capaz de evaluar la posición de una empresa y su estrategia de negociación. El órgano sindical de investigación, el DIEESE, con sede en São Paulo, abrió sucursales en otras ocho ciudades a fin de manejar de manera más específica los problemas de esas áreas, y tuvo varias oficinas en algunos sindicatos. El uso de la información del DIEESE como base para desarrollar las estrategias de negociación, había aumentado considerablemente desde su destacado papel en la Campaña de Recuperación del Salario, de 1977.

Son dos los acontecimientos resultantes del cambio de acento en la negociación local, el activismo local y el interés en las condiciones de trabajo. Por una parte, el cambio en las funcio-

nes de la dirección sindical, que estuvieron menos orientadas a las tareas burocráticas de administración de los programas de asistencia social y más a la coordinación de las demandas y actividades locales, así como al desarrollo de estrategias de negociación. El otro probablemente constituye una ruptura respecto del patrón histórico de separación de las demandas económicas y políticas en diferentes esferas, relegando a aquéllas a un segundo lugar. Ahora las demandas de los dirigentes sindicales en el plano nacional mantenían una relación mucho más estrecha con las de carácter económico y de organización, surgidas de sus actividades sindicales locales, que en el periodo anterior a 1964.

Las organizaciones nacionales

A la vez que muchos sindicatos comenzaron a dedicar más atención a los problemas locales y a las formas de organización específicas, también creció la formación de organizaciones nacionales. Este proceso estuvo muy politizado. Entre 1977, cuando se propuso por primera vez la celebración de una Conferencia Nacional de la Clase Trabajadora (CONCLAT),⁶² y 1981, fecha en que finalmente se celebró, las primeras agrupaciones informales de dirigentes gremiales abrieron paso a las tendencias bien organizadas con diferentes enfoques estratégicos respecto a la organización y políticas sindicales.

Hasta fines de 1978 existían tres tendencias diferentes en el seno del sindicalismo "combativo". La primera, autodenominada *oposições sindicais* (oposición sindical), estaba constituida por trabajadores de base que estaban a favor de la organización de comités locales y de la acción externa a la estructura sindical oficial. Esta tendencia, importante durante el periodo que va de 1966 a 1968 y de 1977 a 1979, perdió vitalidad con el creciente

⁶² Existen tres diferentes ocasiones en las que se utilizó el acrónimo CONCLAT, lo que conduce a cierta confusión respecto a cuál se hace referencia. La Conferencia Nacional de la Clase Trabajadora (*Conferencia Nacional da Classe Trabalhadora*, CONCLAT) se celebró en agosto de 1981 en Praia Grande, São Paulo. El Congreso Nacional de la Clase Trabajadora (*Congresso Nacional da Classe Trabalhadora*, CONCLAT) se celebró en São Bernardo en agosto de 1983, y fundó la Central Única de los Trabajadores (*Central Única dos Trabalhadores*, CUT). La tercera CONCLAT, o Coordinación Nacional de la Clase Trabajadora (*Coordenação Nacional da Classe Trabalhadora*) se fundó en una reunión en Praia Grande, S.P., en noviembre de 1983, por obra de sindicatos partidarios de una clase diferente de estrategia sindical que la de la CUT.

tivismo de los dirigentes sindicales en la estructura oficial. Debido a su insistencia en la ilegitimidad de la legislación laboral vigente, muchos sindicalistas de esta tendencia no estuvieron dispuestos a participar en las organizaciones nacionales antes de que se dieran modificaciones básicas en la estructura sindical. La segunda, denominada los *autênticos*, operaba dentro de la estructura sindical, apoyaba la organización local y la participación en las bases, y ponía énfasis en la independencia sindical respecto del Estado y los patrones. Lula y el sindicato de metalúrgicos de São Bernardo y Diadema encabezaban esta corriente. La tercera tendencia favorecía la organización para conquistar posiciones de dirección en el movimiento sindical y promovía la creación de un grupo de *Unidade Sindical* para coordinar las demandas y actividades en los planos estatal y nacional. Los dirigentes sindicales cercanos al Partido Comunista Brasileño desempeñaron un papel importante en este grupo.⁶³

Las diversas posiciones se definieron con mayor claridad hacia 1979. Para el grupo *Unidade Sindical*, los trabajadores aún no tenían la fuerza suficiente para desafiar la estructura; por ende, la mejor táctica consistía en concentrar fuerzas para obtener posiciones en la jerarquía laboral existente. Para los *autênticos* esto no bastaba, y la tarea crucial estribaba en organizar a los obreros para aumentar su participación tanto en la vida política como en la sindical. A la vez, los *autênticos*, insistían en la importancia de conquistar el control de los sindicatos y consideraban a las federaciones y confederaciones como muy poco representativas para que valiera la pena constituir las. Destacaban, pues, la presión institucional (desde la jerarquía sindical), como medio potencial para satisfacer las reivindicaciones sindicales; encontraban la solución en la acción directa en los niveles sindical y local. Por tanto, para *Unidade Sindical* las demandas obreras se satisfacerían mediante la interacción directa con las instituciones del Estado (mediadas y apoyadas por los partidos políticos),

⁶³ Cabe señalar que si bien los sindicatos y dirigentes identificados con estas tendencias tenían una presencia palpable en el primer plano del movimiento obrero brasileño desde fines de los años setenta, seguían siendo una minoría del total de sindicatos. En 1984 los *pelegos* todavía controlaban cerca de 70% de los sindicatos brasileños. Una de las mejores narraciones cronológicas sobre el desarrollo de las diferentes tendencias en el seno del movimiento obrero brasileño durante este periodo, es de Clarice Melamed Menezes e Ingrid Sarti, *CONCLAT 1981: a melhor expressão do movimento sindical brasileiro*, Rio de Janeiro, ILDES, 1982.

de manera muy parecida a la época anterior a 1964. Para los *auténticos* la lucha se centraba más directamente en el poder económico en el seno de la sociedad, vale decir, en las empresas. Si bien se reconocía la importancia del poder del Estado, no se esperaba que éste “concediera” derechos que no hubiesen ya sido ganados en la práctica. En octubre de 1979, cuando muchos de los *auténticos* estaban involucrados en la creación del Partido de los Trabajadores, las principales tendencias del movimiento sindical comenzaron a identificarse con los divergentes partidos políticos. La mayoría de *Unidade Sindical*, incluyendo a los sindicalistas miembros de los partidos comunistas, decidieron afiliarse al PMDB, frente amplio de la oposición, constituido como partido sucesor del MDB.*

Entre los fundadores del Partido de los Trabajadores (PT) se encontraban dirigentes *auténticos*, intelectuales, activistas católicos, así como miembros de partidos pequeños, clandestinos, sobre todo trotskystas. Los sindicalistas participantes trataban de aportar las bases de una auténtica política de clase basada en la idea de que ningún sistema podía ser democrático sin el pleno reconocimiento de los derechos obreros de huelga y de organización autónoma. Las coaliciones multclasistas se realizarían entonces sólo en torno a puntos específicos, y no como forma institucional de participación política.

Pese a su legalización y participación en las elecciones, el PT ha sostenido una orientación primordialmente centrada en la sociedad. Su énfasis en el desarrollo propio de la clase obrera y su desconfianza hacia el Estado y las instituciones parlamentarias, constituyen un legado directo tanto de los sindicatos de los *auténticos* como del activismo católico orientado a las bases. Los sindicalistas de *Unidade Sindical* y muchos otros, así como diversos políticos progresistas pertenecientes a otros partidos, consideraron ingenua esta posición por sostener la debilidad general de la clase trabajadora. Las consideraciones de orden práctico dictaban una estrecha alianza con la oposición de élite, así como depender de los dirigentes del régimen posterior al militar para lograr el cambio.

* MDB, Movimiento Democrático Brasileño. Fue la oposición “oficial”. Fundado por el gobierno autoritario en 1965-1966, a partir de 1974 adoptó una posición verdaderamente opositora y desde entonces ha obtenido cada vez más victorias electorales.

Las tensiones entre *autênticos* y *Unidade Sindical* crecieron en 1980 a causa de la huelga de los metalúrgicos de São Bernardo. Pese a su importancia en relación con las demandas, al grado mucho más elevado de organización de las bases para la huelga y a la dimensión de la solidaridad procedente de la comunidad de la Iglesia, la huelga concluyó sin que se hubiera satisfecho ninguna de las demandas económicas con que se lanzó a desafiar la nueva política salarial del gobierno. A diferencia de las huelgas anteriores, ésta no contó con el apoyo de una amplia gama sindical; *Unidade Sindical* la consideró aventurera, con peligro de debilitar al movimiento obrero y de cerrar el espacio hasta ahora permitido a los sindicatos por la *abertura* del gobierno.⁶⁴

En 1981, año en que finalmente habría de celebrarse la CONCLAT, se verificó un cambio para la mayor parte de los sindicatos industriales. El agravamiento de la recesión económica —en gran medida reflejo de la recesión de los países capitalistas avanzados— incrementó drásticamente el número de despidos y el desempleo. Se redujo la cifra de huelgas y éstas tuvieron una orientación más defensiva, por lo general enfocada a la defensa del empleo y de conquistas previas. Eran comunes las huelgas contra los despidos, y la estallada en la Ford, pese a su fracaso en la readmisión inmediata de 400 obreros despedidos, conquistó un acuerdo histórico en el que la empresa se comprometía a reconocer a un comité de la fábrica, cuya tarea principal consistiría en negociar los criterios de readmisión de los despedidos. Este acuerdo sentó el precedente de la negociación directa con las empresas sobre las formas de representación local.⁶⁵ Sin embargo, para la fecha en que había de celebrarse la CONCLAT, la posibilidad de lograr conquistas económicas importantes por medio de la acción de masas, había quedado eliminada, tanto por el despliegue de la represión gubernamental en 1980, señal de la reducción del

⁶⁴ Para una discusión sobre la huelga de metalúrgicos de 1980, consultar M. Keck, "Brazil: Metalworkers' Strike", *NACLA Report on the Americas*, julio-agosto de 1980, pp. 42-44. José Álvaro Moisés, *Lições de Liberdade e de Opressão*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982, pp. 161-196. Una descripción de las críticas a la huelga se puede encontrar en Menezes y Sarti, *CONCLAT 1981, op. cit.*, pp. 29-30.

⁶⁵ Una narración de la lucha en la Ford se puede encontrar en José Carlos Aguiar Brito, *A Tomada da Ford: O Nascimento de um sindicato livre*, Petrópolis, Vozes, 1983. El texto del acuerdo entre la Ford y el Sindicato de Obreros Metalúrgicos de São Bernardo, respecto a la comisión de la fábrica, se puede consultar en el *Boletim do DIEESE*, febrero de 1982, p. 1424.

espacio para esta clase de acciones, como por el agravamiento de la coyuntura económica. Era palpable la necesidad de discutir la estrategia sindical frente a la nueva situación.

La CONCLAT estuvo precedida por reuniones preparatorias en el plano estatal (ENCLAT) en 17 estados. La intensa discusión partidaria en las ENCLAT, sobre todo en São Paulo y Rio de Janeiro, hizo temer a muchos sindicalistas que se malograra la CONCLAT. Para evitarlo, varios dirigentes celebraron los días 20 y 21 de agosto una prolongada reunión de 20 horas a fin de elaborar un documento que sirviera de base a la discusión de la CONCLAT y lograr un compromiso que permitiera dar término a las deliberaciones.

La CONCLAT finalmente se llevó a cabo del 21 al 23 de agosto de 1981 en Praia Grande, São Paulo, con 5 247 delegados de 1 126 sindicatos y asociaciones profesionales. La discusión abarcó un amplio abanico de temas: política de seguridad social, estabilidad en el empleo y laboral, política salarial, reforma agraria, unidad, libertad, autonomía y organización sindicales. A instancia de los sindicatos encabezados por Lula, la plenaria aprobó una moción de discusión sobre una huelga general. El principal problema en la CONCLAT surgió en torno a la composición del comité nacional Pró-CUT, organismo que habría de proseguir el trabajo de la Conferencia sobre bases interinas, a fin de estudiar los puntos referentes a la formación de una organización nacional, y convocar a la siguiente CONCLAT. El intento del Comité Ejecutivo de presentar una propuesta unitaria fracasó porque la mayoría de las planillas estaban compuestas por miembros de *Unidade Sindical*. Posteriormente se presentaron dos opciones, una de Lula y otra de Arnaldo Gonçalves, presidente de los metalúrgicos de Santos. Ambas contenían los nombres de candidatos comprometidos. Cuando ninguna de las opciones obtuvo una victoria decisiva, los dirigentes se vieron obligados a elaborar un compromiso, concebido principalmente por José Francisco da Silva, de la CONTAG, en el que los sindicatos rurales ocuparían 23 de los 54 puestos del comité, y cada uno de los bloques principales presentes en la CONCLAT ocuparía el 50% de los restantes.⁶⁶

⁶⁶ Ver Menezes y Sarti, *CONCLAT 1981*, pp. 43-57. Se puede encontrar una buena discusión contemporánea de la conferencia, en Luz Roberto Serrano, "Em busca de definições", *Istoé*, 26 de agosto de 1981, pp. 70-73; T. Canuto *et. al.*, "Falamos Tra-

Una vez establecido, el Pró-CUT estuvo seriamente dividido entre dirigentes sindicales de la corriente de los metalúrgicos de São Bernardo, que estaban en favor de un sindicalismo de bases con énfasis en la acción directa (sobre todo de huelga), y los de una tendencia más moderada respecto a la acción sindical y a la creación de una organización nacional que operaría más desde arriba en el escenario político que desde abajo como coordinador de nuevas formas de iniciativa obrera en los planos de las bases y sindical.

La importancia de las elecciones nacionales celebradas en noviembre de 1982 complicaron el conflicto. La competencia electoral entre el PT y el PMDB (en el cual participaban miembros de *Unidade Sindical*), sobre todo en el estado de São Paulo, agudizó la polarización existente. Algunos miembros de la comisión Pró-CUT alegaban la imposibilidad de una conferencia sindical unitaria frente a la amplia politización en torno a las elecciones, y sugirieron posponer la próxima conferencia hasta 1983. José Francisco da Silva, de la CONTAG, apoyó esta posición, alegando que pese a los avances en muchos sindicatos desde la CONCLAT de 1981, las organizaciones intersindicales no habían progresado hacia la unificación de la lucha. En su opinión era mejor fortalecer las organizaciones intersindicales en el plano estatal y promover la discusión, que celebrar otra CONCLAT para intentar constituir una organización central no representativa antes de que los trabajadores⁶⁷ hubiesen discutido suficientemente el tema. La respuesta de la tendencia de São Bernardo fue que el mandato del comité se extendía sólo hasta 1982, y que la conferencia debía celebrarse necesariamente. Venció la primera posición y la conferencia se pospuso hasta agosto de 1983.⁶⁸

balhadores”, *Movimento*, 31 de agosto-6 de septiembre de 1981, pp. 11-14. Tras la CONCLAT, el Comité Nacional Pró-CUT publicó un folleto llamado *Tudo sobre a CONCLAT*, São Paulo, CIDAS, 1981, que contiene las resoluciones de la conferencia, así como breves entrevistas con figuras sobresalientes.

⁶⁷ CONTAG, “Porque Decimos não Participar do Congresso da Classe Trabalhadora e Somos Pelo seu Adiamento para 1983”, documento firmado por el Presidente de CONTAG y los presidentes de 20 federaciones sindicales agrícolas.

⁶⁸ Para un ejemplo de la posición de la tendencia de los *auténticos*, consultar el panfleto “CUT Pela Base”, producido por ANAMPOS, junio de 1982. Las minutas sobre la reunión disidente de una sección del Comité de la Pró-CUT celebrada en São Bernardo do Campo, 28 y 29 de agosto de 1982, tomadas por Maria Helena Moreira Alves, describen la discusión que siguió a la ausencia de los partidarios de posponer la conferencia. En esta reunión se decidió participar en la junta de los días 11 y 12 de septiembre

Pese a la exacerbación del conflicto entre *Unidade Sindical* y los *autênticos* en torno a la CONCLAT, la política de austeridad salarial del gobierno impuesta por el FMI en 1983 proporcionó el estímulo para la acción conjunta. La política salarial adquirió forma en una serie de leyes con las que se buscaba mantener los incrementos salariales muy por debajo de la tasa de inflación. También se proponían eliminar el aspecto redistributivo de la política salarial, instituido en 1979, merced al cual los trabajadores con salarios más bajos recibían aumentos del 10% por encima del incremento del índice oficial del costo de la vida (INPC).

Las huelgas de protesta por las medidas de austeridad estallaron en julio, inicialmente sólo las de los sindicatos vinculados a los *autênticos*: petroleros, metalúrgicos de la región ABC, empleados del metro de São Paulo y bancarios. El 21 de julio se convocó a un "paro general" más amplio de un día, con buen éxito en São Paulo y Rio Grande do Sul.⁶⁹ La importancia de esta huelga reside en que fue la primera específicamente política desde 1964, y en que mostró que, pese a la desconfianza y la división entre las tendencias del movimiento obrero, la acción conjunta seguía siendo posible.

La respuesta oficial a la huelga, por otra parte, reforzó las divisiones. La represión policial a los huelguistas en São Paulo se concentró en la región ABC, provocando protestas de los diputados estatales y la acción del presidente del PMDB, Teotônio Vilela. En el plano federal, además de los sindicatos de los petroleros y metalúrgicos de São Bernardo en la huelga anterior, el gobierno intervino los de los empleados bancarios y del metro de São Paulo. Los únicos sindicatos intervenidos a causa de la huelga fueron aquellos cuyos dirigentes estaban afiliados al PT, lo cual indicaba que se les consideraba como más peligrosos para el *statu quo* que los cercanos a *Unidade Sindical*, así como que el gobierno seguía considerando la remoción de los cuadros sindicales como un método de represión eficaz para mermar la in-

del Pró-CUT, a celebrarse en la sede del CONTAG en Brasília, donde se llegaría a una decisión final para la convocación de la siguiente CONCLAT.

⁶⁹ Los dirigentes obreros calcularon la cifra de huelguistas en tres millones en todo Brasil. En São Paulo, aparte de la capital, hubo importantes paros en otras 18 ciudades; en Rio Grande do Sul, aparte de Porto Alegre y Canoas, la huelga revistió importancia en nueve ciudades del interior. También hubo huelgas en Pernambuco, Espírito Santo, Rio de Janeiro, Goiás y Paraná. Para más detalles, consultar el *Boletim do DIEESE*, julio de 1983, pp. 17-18.

uencia de los *autênticos*. Los metalúrgicos de São Paulo, cuyo presidente, Joaquim dos Santos Andrade,⁷⁰ se autoproclamó dirigente de la huelga del 21 de julio, así como otros sindicatos que desempeñaron un papel dirigente, no fueron tocados.

Sin embargo, la acción conjunta en respuesta a las iniciativas salariales del gobierno no impidieron la batalla que se estaba gestando en torno a la próxima CONCLAT. La disputa revisió la forma de lucha en torno a la representación. *Unidade Sindical* exigía una delegación ampliada en los niveles de la confederación y federación, así como la exclusión de la mayoría de las asociaciones no reconocidas por la CLT (entre éstas, muchas de empleados públicos y otras cuya base de representación en ocasiones resultaba dudosa). Los *autênticos* sostenían que, dada la estructura del sindicalismo brasileño, las federaciones y confederaciones no eran representativas de los trabajadores comprendidos,⁷¹ y que la representación debía fundarse en los sindicatos y en los delegados de las bases elegidos por los trabajadores de manera proporcional a la dimensión de su base. También exigían la creación inmediata de una organización sindical central, medida que *Unidade Sindical* todavía consideraba precipitada.

En tanto que la pugna en torno a los problemas de la organización precipitaron de hecho la escisión en el Pró-CUT, las disputas más fuertes arriba citadas volvieron cada vez más difícil de concebir una posible reconciliación. Las tendencias contrincantes habían comenzado a dedicar más atención que nunca a conquistar el poder en los sindicatos cuyos cuadros contendían en las elecciones. Ello, más que la búsqueda de la derrota de la dirección de los *pelego*, era la expresión de la creciente rivalidad de las dos tendencias activistas. El Pró-CUT se escindió formalmente en julio de 1983. Con el fin de formar un CUT *Pela Base*

⁷⁰ Joaquimzaio, como se le llama, se convirtió en presidente del sindicato cuando los militares lo nombraron en 1964 para sustituir al presidente sindical purgado. Desde entonces ha logrado ganar las elecciones sindicales, aunque frente a una oposición creciente. La fuerza de la oposición y la situación política cambiante han forzado al dirigente en años recientes a esforzarse por desembarazarse de su imagen de *pelego*.

⁷¹ Como se ha señalado, las elecciones para la federación y la confederación, bajo el sistema del CLT, se dan sobre la base de un voto por sindicato. De modo que el del Sindicato de Obreros Metalúrgicos de São Paulo, el más numeroso de América Latina, que representa a más de 300 000 obreros, tiene el mismo peso que el de un sindicato de metalúrgicos con sólo unos cientos de afiliados.

(CUT de las bases), en agosto de 1983 los *autênticos* celebraron en São Bernardo una convención de organización con 5 059 delegados de 665 sindicatos y otras 247 organizaciones de trabajadores. Como resultado, se estableció una organización obrera central denominada *Central Unica dos Trabalhadores* (CUT). La tendencia contrincante, por su parte, llevó a cabo otra convención en Praia Grande, São Paulo, en noviembre, con 4 254 delegados de 1 258 sindicatos, federaciones y confederaciones, y formó la *Coordenação Nacional da Classe Trabalhadora* (CONCLAT), donde la palabra "coordinadora" implicaba un rechazo a la creación inmediata de una "organización central".

Si bien no se juzgó imposible que la CUT y la CONCLAT pudieran decidir posteriormente integrar una organización común, los puntos que las separaban no eran de fácil solución. Las diferentes perspectivas estratégicas se fundaban en diferentes visiones sobre la sociedad, a su vez determinadas por la experiencia de los dirigentes sindicales durante el periodo autoritario. En un análisis de entrevistas realizadas a dirigentes de los sindicatos de metalúrgicos tanto de la CUT como de la CONCLAT, Roque Aparecido da Silva encontró que el hecho de que aquéllos en general hubiesen vivido la mayor parte del periodo autoritario como obreros y éstos como cuadros sindicales, había producido perspectivas profundamente divergentes sobre la sociedad. Para los dirigentes de la CONCLAT, la solución de los problemas obreros había de encontrarse en el seno de instituciones políticas y sociales más amplias, siempre y cuando se modificaran las reglas del juego de modo tal que se dieran mayores oportunidades a los trabajadores. Para los dirigentes de la CUT, por otra parte, que habían vivido las arduas condiciones de la fábrica en carne propia durante el régimen autoritario, el problema era de índole estructural. La solución sólo podría hallarse en una transformación social amplia; dado que los obreros no podían depender de los aliados de otros sectores sociales, sólo ellos mismos podían ser los agentes del cambio.⁷²

El éxito de la CUT en relación con la CONCLAT durante los dos años siguientes no se debe interpretar como una elección cons-

⁷² Roque Aparecido da Silva, "Sindicato e Sociedade na Palavra dos Metalúrgicos", documento preparado para un seminario de la Comisión de Movimientos Laborales del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Santiago de Chile, mayo 20-23 de 1985. Citado con autorización del autor.

ciente de los trabajadores respecto de una visión de amplio cambio social frente a otra. La explicación del crecimiento de la CUT radica en que su estrategia de enfrentamiento, en combinación con su énfasis en la negociación directa, tuvo gran éxito en la obtención de conquistas específicas para sus afiliados. El acento sobre la organización local y el estrechamiento de las relaciones entre dirigentes sindicales y bases, proporcionó la base del éxito de numerosas huelgas en 1984; el grado más elevado de unidad entre la dirección de la CUT favoreció la coordinación de las huelgas de 1985 al permitir a los sindicatos más fuertes reforzar las demandas de los más débiles. En tanto que los sindicatos miembros de la CONCLAT también obtuvieron victorias en el mismo periodo, la heterogeneidad de esta organización, junto con su enfoque en general conciliador, le restó eficacia en la consolidación de los frutos de esas victorias.

El Ministro de Trabajo también desempeñó un papel decisivo en la consolidación de la posición de la CUT. Si bien los triunfos en las huelgas de 1984, conquistados sobre todo en el plano local, a menudo pese a los esfuerzos del Ministerio, el apoyo de Pazzianotto al proceso de la negociación directa y su negativa a intervenir en las huelgas, dieron forma a una coyuntura más favorable para la acción coordinada en 1985. Además, el nuevo Ministro de Trabajo eliminó la restricción legal sobre la formación de organizaciones centrales. La reducción del peligro de la represión, evidentemente benefició al sector del movimiento obrero más capaz de movilizar sus recursos.

Hacia fines de 1986, muchos dirigentes de la CONCLAT estaban inquietos por el avance de la CUT y decidieron que era hora de formar una auténtica organización central. Ya no bastaba una "coordinadora". Al elegir denominarse CGT, estos dirigentes intentaban demostrar la continuidad histórica de su movimiento. El presidente de la CGT, Joaquim dos Santos Andrade, declaró su intención de competir activamente con la CUT por la influencia en los sindicatos, disputando las elecciones sindicales con todos los recursos posibles, y desplegó un nuevo discurso militante.

Los partidos políticos y la organización obrera

Como puede verse por lo anteriormente expuesto, las tendencias divergentes y finalmente contrarias en el sector activo del movi-

miento obrero, ya estaban presentes, de manera implícita, antes de la fundación de los nuevos partidos políticos de acuerdo con la ley de partidos de 1979. No obstante, al fundarse éstos las posiciones sindicales se identificaron cada vez más con las de aquéllos.

Esto fue particularmente evidente en el caso de los *autênticos*, ya que hubo un importante traslape entre la dirección sindical y la del Partido de los Trabajadores. Si bien la CUT contaba con diversos sindicatos cuyos cuadros no eran miembros del partido, como lo eran sus dirigentes, estaba indudablemente dominada por sindicatos cuyos dirigentes sí estaban afiliados al PT.

La identificación partidaria de *Unidade Sindical* y la CONCLAT formada en Praia Grande en noviembre de 1983, fue más compleja debido a la ilegalidad del Partido Comunista Brasileño (PCB), del Partido Comunista de Brasil (PC do B), y del Movimiento Revolucionario 8 de octubre (MR-8), de los cuales el primero era en definitiva el más importante. Los trotskistas, considerados ilegales y también integrados al PT y a la CUT, desempeñaron un papel mucho menos importante aunque de gran resonancia. Y si bien la tendencia de *Unidade Sindical* y la coordinación de la CONCLAT se consideraban, en términos de partidos, vinculadas a éstos y con el PMDB, existían diferencias internas significativas.

Dado que los organizadores de la CONCLAT eligieron conferir a las federaciones y confederaciones un sitio prominente en la organización, incluyeron a muchos sindicalistas que no participaron en la ola combativa de los setenta. Además, el primer presidente de la CONCLAT fue José Francisco da Silva, que antes de la escisión del Pró-CUT no se había identificado claramente con *Unidade Sindical* ni con los *autênticos*, pese a sus fuertes vínculos políticos con aquélla. Con una indiscutible base de poder propia (la afiliación de los sindicatos rurales supera a la de todos los urbanos en conjunto), su decisión de no asistir a la conferencia de São Bernardo en agosto de 1983 tuvo una importancia decisiva en la división de las organizaciones nacionales en términos partidarios. Sin embargo, la heterogeneidad de la CONCLAT dificultó que las organizaciones formularan políticas positivas; su relevancia resultó más de la prominencia de algunos de sus miembros que de las acciones propuestas.

Como las relaciones entre sindicatos y partidos durante el pe-

periodo de transición se dieron en un ámbito político cerrado, el análisis de su dinámica resulta en particular complejo. Si bien se puede señalar la competencia partidaria por la dirección de los sindicatos y de las organizaciones nacionales, su intensidad derivó más de asuntos internos del movimiento obrero que de las disputas surgidas en la esfera política más amplia, y recayó sobre los sindicatos. Existe, pues, una diferencia importante entre la lucha partidaria "en torno" y "en el seno" de los sindicatos brasileños. Pese a que se hacía referencia en términos de partido a las disputas por la dirección de los sindicatos (sobre todo fuera de éstos), los protagonistas no habían cambiado y el terreno en realidad tampoco. Incluso la incursión de los trabajadores en la política electoral durante las elecciones de 1982 no cambió en lo fundamental, para el PT, la idea de que las esferas política y sindical debían estar separadas, pese al considerable traslape de personal entre ambas.

Desde la campaña electoral de 1978 el PMDB de São Paulo intentó ampliar su base de apoyo mediante la inclusión en su planilla de algunos dirigentes sindicales y populares. Durante su campaña para senador, Fernando Henrique Cardoso se entrevistó regularmente con los dirigentes sindicales y eligió como suplente a Mauricio Soares, abogado del Sindicato Metalúrgico de São Bernardo. Si bien el PMDB obtuvo un amplio apoyo de los obreros en estas elecciones, no estableció una relación sostenida con los sindicatos y los dirigentes populares electos no estuvieron representados en la dirección del partido. La oposición en la esfera política tradicional seguía siendo en gran medida asunto de las élites.

El Partido Comunista Brasileño afrontó esta situación con su estilo de siempre, intentando aproximarse al poder y no al Estado, como en la época populista, sino al Estado del futuro, como principal partido de oposición. Los miembros del PCB contendieron en el MDB y después en las planillas del PMDB para el Congreso, e hicieron una activa campaña para el partido. Conforme se aproximaba la transición al régimen civil, el partido inició una campaña en pro de su legalización, de la que no había disfrutado desde mediados de los años cuarenta. Por ende, la actitud del partido respecto al poder político consistía en colaborar con el sector de la oposición que probablemente ocuparía el Estado al dimitir el gobierno militar. La apreciación general del PCB en

torno a la situación política del país era básicamente igual que en los años cincuenta y sesenta: Brasil necesitaba vivir un periodo democrático liberal y lograr un desarrollo económico nacional, antes de que las condiciones hubiesen madurado para que la clase obrera accediese al poder.

Los dirigentes cercanos al PCB asumieron una posición comparable respecto de la política sindical. Como la clase trabajadora no tenía aún la fuerza para imponer su voluntad a la sociedad ni en la esfera política, la estrategia adecuada consistía en obtener la hegemonía ganando posiciones dirigentes en el seno de las organizaciones de clase existentes y esperar así obtener logros importantes mediante alianzas políticas con la oposición en el gobierno. Esta actitud era cpherede con el enfoque del partido en los asuntos obreros y sociales antes de 1964. Los cuadros sindicales comunistas bien hubieran podido negarse a arriesgar las posiciones conquistadas con tanta dificultad al adoptar lo que a menudo consideraban una militancia ingenua y precipitada de sus colegas más jóvenes. Con la legalización del partido en 1985, y con la formación de la CGT, esta posición acaso empiece a cambiar. En tanto que puede esperarse que el partido comience a asumir posiciones reformistas moderadas en la política nacional, es probable que sea un serio rival en las disputas en torno a la organización dentro de los sindicatos y se vea obligado a adoptar un discurso más militante, a fin de lograr un electorado más fuerte entre las bases.

Para los dirigentes obreros participantes en la creación del Partido de los Trabajadores, el interés del nuevo sindicalismo en los asuntos locales y en la conquista de nuevos derechos ganados a los patrones, implicaba separarse de la acción reivindicativa, del papel de representar y defender los derechos obreros en la esfera política. El PT había de ser una extensión, y a la vez estar separado de los trabajadores organizados institucionalmente en sindicatos y, como partido, había de respetar su autonomía.

Sin embargo, a la vez que debía mantenerse separado, su función se juzgaba complementaria. La huelga de 1979, según Lula, había demostrado la imposibilidad de obtener conquistas importantes por medio únicamente de la acción reivindicativa. Para lograrlas, los obreros requerían de una organización política propia, fundada y dirigida por y para ellos mismos. El partido no tenía que *dirigir* a los trabajadores tanto como *expresar* en la es-

era política las necesidades y demandas de éstos, surgidas en las organizaciones sociales y sindicales. Para los dirigentes obreros participantes, la creación del partido constituía una respuesta estratégica de un sector del movimiento obrero, encaminada a la conquista de objetivos ya formulados en otros espacios.

Como partido legal contendiente en el escenario electoral con otros partidos, el PT debía desarrollar un atractivo más amplio. Sin embargo, su enfoque siguió siendo esencialmente de clase, con el argumento del derecho de los trabajadores (y, en consecuencia, de todos) a participar en el proceso de democratización, y de que la política de élite, característica de otros partidos en el juego electoral, relegaba los derechos de los trabajadores a un lugar secundario.

A principios de los ochenta, el PT tuvo muchas dificultades para conciliar su interés en fomentar la autoorganización en el seno de la clase trabajadora con su función de partido, en relación con las instituciones del Estado. El antiestatalismo de los *auténticos* y de los activistas católicos del partido condujo a una actitud ambivalente en torno a la acción en ese nivel, palpable, por ejemplo, en los múltiples conflictos entre los dirigentes del partido y los miembros del PT que estaban en el Congreso. Además, al concentrarse exclusivamente en la organización social, los dirigentes partidarios evaluaron incorrectamente en ocasiones, el grado de conciencia de su electorado, por ejemplo, al no explicar de manera adecuada la decisión del partido de no participar en las elecciones presidenciales indirectas. Una vez tomada esta decisión en una serie de congresos del partido, parecía creerse que los motivos quedarían claros a los trabajadores simplemente por ser obreros.

El sindicalismo y la democratización en Brasil

Existen dos procesos en marcha en Brasil que afectarán el futuro de la organización de la clase obrera. El más palpable se da en las relaciones entre sindicatos y Estado, en la reforma a la legislación laboral. Si bien se han decretado algunas reformas menores, las de mayor envergadura se esperan tras el Congreso Constituyente de 1987. Mientras tanto, el problema de cómo realizar los cambios y quiénes participarán en el proceso, sigue sin

solucionarse. Para la CUT la concentración en la acción directa ha significado un relativo descuido de los problemas legales, sobre la base de que las concesiones vienen después de las conquistas en la práctica. La CGT, en cambio, que quisiera tener una mayor influencia política, está constreñida por su necesidad de competir con la CUT en el plano local.

Los cambios *de facto* ocurridos el decenio anterior, contribuyeron a crear las condiciones para el surgimiento de nuevos tipos de relaciones institucionales. Mientras los sindicatos permanecieron legalmente vinculados al Estado, en la práctica conquistaron un espacio más amplio de acción. Las restricciones legales contra las huelgas resultaron cada vez más ineficaces, conforme los sindicatos indujeron a los patrones a pasar por alto las instituciones mediadoras del aparato de relaciones laborales del Estado, y a tratar directamente con los sindicatos.

Además, algunos de los intentos de represión del régimen castrense contra la militancia obrera en los años ochenta, produjo efectos contrarios a los propuestos: si bien la intervención en los sindicatos *auténticos* puede haber tenido consecuencias desmovilizadoras a corto plazo, también contribuyó a la formación de una nueva dirección. Una y otra vez los nuevos dirigentes sindicales elegidos tras estas intervenciones estaban apoyados por los cuadros despedidos de sus puestos. Además, en algunos casos la disposición de los patrones a negociar los conflictos con la dirección excluida, más que con el equipo de intervención nombrado por el gobierno, socavó todavía más y restó legitimidad a las tentativas oficiales.

Los cambios sociales son importantes en un sistema donde el edificio jurídico ha estructurado las relaciones entre los grupos sociales tan profundamente como en Brasil. El hecho de que la movilización obrera anterior a 1964 no produjera cambios en las relaciones legales entre los trabajadores y el Estado, facilitó el uso de la legislación corporativista existente para que los militares disciplinaran al movimiento obrero.

No obstante, conforme el debate en torno a la nueva legislación laboral adquirió intensidad a mediados de 1985, la autonomía institucional seguía siendo un problema complejo, sobre el que existía un desacuerdo sustancial aun entre dirigentes sindicales activistas. Mientras que una amplia gama de líderes obreros quería el fin de la interferencia estatal en los asuntos de los

indicatos, así como el cese de la exigencia de que éstos fuesen reconocidos por el Estado, virtualmente había unanimidad en la pretensión de mantener el principio de tener un solo sindicato para representar a la misma categoría de trabajadores en una única base territorial.

El problema financiero constituía un serio obstáculo. Pese a las conquistas ganadas en la práctica, la mayor parte de los sindicatos seguía dependiendo en gran medida del impuesto sindical para su funcionamiento.⁷³ Un sistema de cuotas voluntarias no podría sustituir de manera inmediata a este fondo de reserva. Así pues, pocos dirigentes estuvieron a favor de la abolición inmediata de dicho impuesto, sino por un proceso gradual de eliminación, durante el cual sería sustituido por las cuotas voluntarias. El problema del financiamiento se complicó aún más por la relación entre la administración estatal del impuesto sindical y las funciones de bienestar social de los sindicatos, a las cuales se dirigían grandes porcentajes de estos fondos. Mientras que la administración de los programas de bienestar social contribuía a la burocratización de los sindicatos, también constituía un importante incentivo para que los obreros se afiliaran a ellos. Dada la ineficiencia del sistema de salud pública en Brasil, los sindicatos se veían presionados por sus afiliados a proporcionar amplias facilidades médicas.

La dificultad para solucionar estos problemas significaba que la iniciativa para realizar cambios en el código laboral seguía procediendo principalmente del propio Ministerio de Trabajo. Pese al pleno reconocimiento de la necesidad de realizar cambios legales, a principios de 1986 las organizaciones sindicales aún no habían formulado propuestas concretas que se opusieran a las emanadas del Estado. Por lo menos a corto plazo, parecía más factible que los acuerdos parciales en torno a los aspectos específicos del código laboral, como el derecho de huelga, se incluyeran en las negociaciones directas. Otros acuerdos más amplios respecto a la forma del sistema de relaciones laborales en gene-

⁷³ El grado de dependencia respecto del impuesto sindical variaba significativamente. En su presupuesto de 1985 el impuesto representaba 22% del ingreso de los metalúrgicos de São Bernardo y 26% de los de São Paulo. Para los Trabajadores de la Construcción de Curitiba, por otra parte, significaba 85% de sus ingresos. Además, 20% del impuesto que permanece en el Ministerio de Trabajo representa más de la mitad del presupuesto de esa entidad. Ver *Folha de São Paulo*, 2 de junio de 1985, pp. 35-37.

ral probablemente exigirán un proceso más prolongado en el que se dé una reconsideración fundamental de las funciones de los sindicatos en una sociedad democrática.

Otro proceso, menos visible y más difícil de prever, está ocurriendo en el seno del propio movimiento obrero, simbolizado por el desarrollo de la práctica de la negociación directa. La elaboración de los requisitos organizativos para llevar a cabo ésta constituyen sólo un aspecto de su importancia para las relaciones sociales en general. La negociación entre trabajadores y patrones como forma directa y determinante de resolver los problemas de las relaciones industriales implica una novedad en Brasil. Lejos de ser apolítica, desafía el meollo mismo del sistema de exclusión, merced al cual las relaciones de dominación fueron impuestas por estructuras verticales del Estado, que evitaron el enfrentamiento cara a cara de los intereses de clase, negando, de hecho, la existencia misma de éstos.

En primer lugar, si bien la negociación es evidentemente una forma de conciliación, su base estriba en el reconocimiento de un conflicto legítimo. La cultura política brasileña nunca ha aceptado la relación de adversarios.⁷⁴ Centrada en los conceptos de consenso, cordialidad y solidaridad, la negación del conflicto como fenómeno social ha estado reforzada por un sistema social excepcionalmente estratificado, en donde las capas más bajas “saben cuál es su lugar”.⁷⁵

La conciliación y negociación entre élites, fundadas en el supuesto de que las diferencias son más aparentes que reales, y que se puede cooptar a los disidentes, no se ha reflejado en la relación entre las élites y la gran masa de la población, los trabajadores rurales y urbanos, los marginados, los pobres. En tanto que “la nación” estuvo encarnada en “el pueblo”, éste sólo tuvo una función simbólica, digno de convocarse en masa para apoyar las iniciativas del Estado en ocasiones, pero sobre todo como telón de fondo, una reserva donde la cordialidad y la deferencia prevalecían como símbolos benévolos del carácter brasileño. El

⁷⁴ Para la negación del conflicto, ver Roberto da Matta, “Voce sabe com quem está falando”, en su *Carnavais, Malandros e Herois: Para uma Sociologia do Dilema Brasileiro*, Rio de Janeiro, Zahar, 1981, especialmente p. 141.

⁷⁵ Guillermo O'Donnell discute el impacto de esta estratificación en la transición democrática, en “Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil”, *Estudios CEDES*, noviembre de 1984, especialmente pp. 24-25.

conflicto, en este sistema de valores, sólo podía ser personal; no podía constituir una "situación", el rasgo de una relación no definida por personas sino por papeles sociales.

Así pues, no sólo en el contexto de la solución de problemas específicos de alguna fábrica, sino también en el ámbito de las relaciones sociales de Brasil en conjunto, la negociación adquiere una importancia diferente. El *reconocimiento del conflicto*, y la posibilidad de negociar las diferencias entre trabajadores y patrones, supone un grado de *igualdad* formal que las estructuras legales no estaban preparadas para incorporar. Además, el acto de negociar es de carácter impersonal, y en él los representantes de dos papeles socialmente distintos intentan resolver los conflictos independientemente de sus relaciones y características como personas, es decir, se encuentran en la mesa de negociaciones en calidad de ciudadanos y representantes. En un sistema como el de Brasil, donde las relaciones sociales y políticas han tendido a personalizarse en alto grado, esto es muy poco común.

También se trata de un fenómeno eminentemente político. La mediación del Estado en las relaciones laborales impuso a los trabajadores una camisa de fuerza en sus centros de trabajo, reflejada en su acción en la esfera política. La práctica de los trabajadores como ciudadanos en la sociedad política estuvo limitada por su posición como algo menos que ciudadanos en las relaciones sociales. La exigencia de autonomía para las organizaciones obreras ha aparecido de manera esporádica desde los años cuarenta; sin embargo, la práctica de la autonomía es potencialmente transformadora. Implica un proceso de formación de clase por el cual los trabajadores comienzan a identificarse por medio de relaciones horizontales en el centro de trabajo y en la comunidad, al compartir condiciones y luchas, más que por medio de un esquema vertical de categorías establecidas por el Estado. El incremento del activismo de las comunidades ha reforzado este proceso de tal manera que las condiciones comunes se identifican tanto con las relaciones de dominación en el centro de trabajo como con los patrones comunes de consumo social (e individual) en la comunidad. El aumento del desempleo también ha desdibujado las fronteras entre trabajadores y no trabajadores, obligando a establecer una definición de la identidad de clase fuera de las relaciones estructuradas por el Estado y hacia la esfera de la experiencia común.

Las transformaciones de las relaciones laborales, por medio de las huelgas, de la creciente organización local, de la relación más cercana entre dirección y bases, y de la generalización de las negociaciones directas entre sindicatos y patrones, han contribuido a este proceso. El cambio hacia la negociación directa y la organización colectiva se inició en las grandes plantas automovilísticas de la franja industrial de São Paulo, y se ha difundido hacia fábricas menores y a otros sectores de la población. En 1984, cuando cerca de dos millones de trabajadores se declararon en huelga en torno a demandas salariales, estabilidad en el empleo y mejores condiciones de trabajo, la mayor parte de los conflictos se resolvió mediante la negociación. Las huelgas se dieron en el plano local más que en el sectorial, muchas se iniciaron dentro de la fábrica y algunas se extendieron a sectores enteros. Aparte del sector industrial, los maestros, los profesores universitarios y los empleados públicos desafiaron la prohibición de realizar huelgas en sectores esenciales. En todo Brasil los asalariados eventuales del campo (*boias-frias*) actuaron en rebeldía contra las nuevas reglas laborales y los salarios de miseria.

Contrariamente a las expectativas de Tavares de Almeida, la relativa mejoría en la posición de los obreros industriales del sector moderno no parece haber producido una división de clase trabajadora, en términos del eje sector moderno/sector tradicional. El análisis de la información sectorial sobre la industria brasileña indica que la aguda división que la autora postuló entre dos sectores claramente definidos de la economía industrial, resulta un poco exagerada. Tomando como indicador la proporción de salarios en el valor agregado de los diferentes sectores industriales, como lo refleja el *Censo Industrial* de 1980, las diferencias son menores de lo que cabría esperar. Si bien esto sólo puede tener un valor indicativo, al considerarlo junto con el salario sectorial promedio, se aprecia que, cuando menos, la diversidad en el seno del llamado sector moderno no permite extraer conclusiones en torno a un electorado sindical en ninguna jurisdicción dada a partir de los trabajadores mejor pagados en las fábricas más avanzadas tecnológicamente del área. El salario medio de los obreros metalúrgicos, si bien es casi el doble del de los trabajadores de la industria del vestido, de todas formas no llegó a formar tres salarios mínimos de la época. Así, la mayor parte de los sindicatos de metalúrgicos no negocian en

defensa de un estrato privilegiado de trabajadores con intereses diferentes de los del resto de la clase obrera, sino por una base más heterogénea cuyos intereses comunes son los de la clase en su conjunto.

La división de la clase trabajadora no es resultado de la separación entre los sectores moderno y tradicional, sino de la lucha política entre los dirigentes sindicales en torno a las opciones estratégicas para el cambio de posición de la clase obrera de Brasil. La diversidad de experiencias vividas durante el régimen autoritario por los dirigentes sindicales en el ejercicio de puestos prominentes en las dos organizaciones centrales, produjeron perspectivas muy diferentes sobre el Estado y la sociedad, así como del papel de los sindicatos en relación con otras instituciones.

La orientación de los dirigentes sindicales de la CONCLAT, respecto de la negociación política y de los enfoques generales de solución a los problemas obreros, probablemente atribuyera a éstas un sitio prominente en el periodo inicial de reformas durante el régimen civil de transición. No obstante, la posición estratégica de los sindicatos de la CUT en los sectores industriales modernos significaba que sería imposible realizar un pacto social con el que ellos no estaban de acuerdo. Las huelgas de abril y mayo de 1985, coordinadas por la CUT, mandaron un mensaje claro al gobierno. Con la demanda de reducción de la semana laboral de 48 a 40 horas, así como la realización de ajustes salariales trimestrales, las huelgas incluyeron a 40 categorías ocupacionales y tuvieron mucho éxito en la satisfacción de reivindicaciones por medio de las negociaciones directas con los patrones. El mensaje aludido consistió en que los sindicatos de la CUT no estaban dispuestos a esperar que se dieran soluciones globales en el plano de las instituciones políticas. El éxito de esta estrategia provocó la duplicación de la afiliación a la CUT, desde el momento de su creación hasta finales de 1985. En 1986, ante la lenta y sostenida erosión de su base, los dirigentes de la CONCLAT estaban divididos en cuanto a la acción a seguir. Algunos defendían la reunificación en una organización central única, pero la facción encabezada por Joaquim dos Santos Andrade y el PCB decidieron dar la lucha y transformar a la inmovilizada CONCLAT en una nueva organización central, la CGT.⁷⁶

⁷⁶ Esta alianza constituye una de las ironías de la política brasileña, porque Joa-

El tipo de cambios surgidos desde abajo se dan con gran lentitud. Desde la perspectiva de las relaciones sociales como un todo, su dirección implica una afirmación de sus derechos más que la demanda de concesiones. Esto, a su vez, permite esperar que sigan coexistiendo posiciones enfrentadas junto con nuevas prácticas negociadoras, surgidas de algunos sectores del movimiento obrero, en particular las identificadas con la CUT. Sin embargo, la apertura de nuevos espacios legales e institucionales para la organización sindical constituye una esperanza. El éxito de la democracia brasileña depende de su aptitud para aceptar el enfrentamiento y el conflicto como parte de la "política normal" entre ciudadanos libres. Las instituciones libres injertadas en una estructura social autoritaria tienen débiles cimientos. La transformación de las relaciones sociales debe producir una sociedad civil con suficiente vigor para "re-presentarse"⁷⁷ en las relaciones e instituciones políticas, a fin de que sobreviva el sistema democrático. El papel del "nuevo sindicalismo" y el futuro de las relaciones obreras en Brasil se ubican en el centro de dicho proceso.

*Traducción de
Rosamaría Núñez*

quim originalmente fue nombrado para sustituir a Alfonso Delelis, purgado de la presidencia de los metalúrgicos de São Paulo por su afiliación al PCB y por su posición dirigente en la CGT durante los años sesenta.

⁷⁷ El uso de "re-presentar" se ha tomado de O'Donnell, "Y a mí, qué me importa?", *op. cit.*, p. 33.